

MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

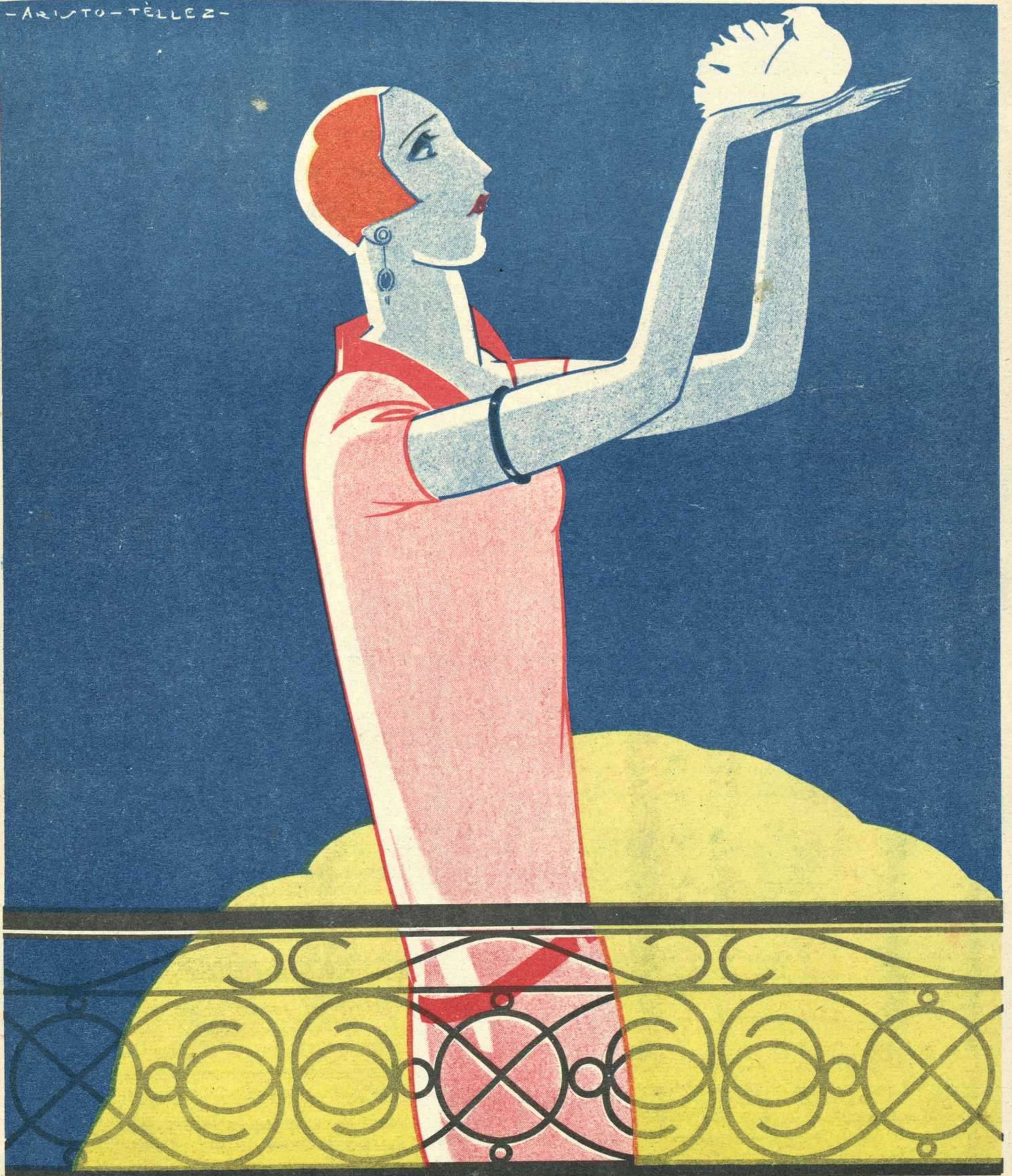
Núm. 32

31 Marzo 1926

EDICIÓN CORRIENTE

50 céntimos

-ARISTO-TÉLLEZ-



PROPIEDAD, DERECHOS RESERVADOS.

Ed. "Saturnino Calleja"

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL.

M U J E R

REVISTA DEL MUNDO Y DE LA MODA

DIRÍJASE LA CORRESPONDENCIA

Y SUSCRIPCIONES AL

APARTADO 447

MADRID

PUBLICA DOS EDICIONES

DE LUJO: NÚMERO. 1 PESETA

CORRIENTE: NÚMERO, 50 CÉNTIMOS

Y UN SUPLEMENTO SEMANAL

EL SUPLEMENTO NO SE VENDE SUELTO

PRECIOS DE LA REVISTA CON SUPLEMENTO

EDICIÓN DE LUJO: Número, 1,30 pesetas.

EDICIÓN CORRIENTE: Número, 80 céntimos.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

CON SUPLEMENTO

SIN SUPLEMENTO

	CON SUPLEMENTO		SIN SUPLEMENTO	
	LUJO	CORRIENTE	LUJO	CORRIENTE
	Pesetas	Pesetas	Pesetas	Pesetas
Año.....	60,—	37,—	48,—	23,—
Semestre...	31,—	19,—	25,—	12,—
Trimestre..	16,—	10,—	12,50	6,—
Mes.....	5,25	3,25	4,—	2,—

Las suscripciones por mes sólo se admiten en Madrid, Barcelona, Sevilla y Santander.

PLATERÍA Y JOYERÍA D. GARCÍA

ORFEBRE DE LA REAL CASA



ARTÍSTICOS Y MARAVILLOSOS OBJETOS PARA REGALOS

ALMACENES Y DESPACHO:

SAL, NÚMEROS 2 AL 8, Y ESPARTEROS, 16 Y 18

FÁBRICA: FERRAZ, 17

TELÉFONO 22-41-M



Cualquier defecto, sea en el rostro o en el cuerpo,

desaparecerá radicalmente usando los

PREPARADOS DE BELLEZA NORTEAMERICANOS de MILLAT

de fama y garantía absoluta.

N.º		Ptas.
1	Para disimular y hacer desaparecer las marcas de viruela...	8
2	Para destruir el pelo o vello radicalmente.....	8
3	Contra la rubicundez de cara, brazos y escote.....	8
4	Para reducir los tobillos muy voluminosos.....	8
5	Contra las verrugas y los lunares.....	8
6	Para hacer desaparecer las pecas.....	8
7	Loción para blanquear y hermosear el cutis.....	8
8	Contra el cutis áspero y seco (lo suaviza y embellece).....	8
9	Para suavizar y embellecer el cutis ardiente e irritable.....	8
10	Para dar brillo y fascinación a la mirada.....	8
11	Contra las manchas de la piel.....	8
12	Contra los juanetes, durezas y calosidades de los pies....	8
13	Para desarrollar las pestañas.....	8
14	Para modelar, dar bella forma y endurecer los pechos.....	10
15	Contra los puntos negros de la nariz y la cara.....	8
16	Para dar al globo del ojo un blanco azulado natural.....	8
17	Contra los orzuelos e inflamación de los párpados.....	8
18	Para poblar las cejas poco espesas.....	8
19	Para dar brillo encantador a las uñas (muy permanente)...	5
20	Barritas para sombrear párpados en negro o azul.....	2
21	Para dar al cabello un color castaño claro pajizo (gran moda).....	8
22	Contra el cutis luciente o grasoso.....	8
23	Para dar color y frescura a las mejillas.....	2,50
24	Para rizar permanentemente el cabello.....	8
25	Para embellecer el cuello y el escote.....	8
26	Para ondular el cabello.....	8
27	Contra las arrugas.....	8
28	Pasta dentífrica blanca (en tubos).....	2
29	Pasta dentífrica carmín (colorea labios y encías).....	2
30	Contra el mal aliento y las caries de los dientes.....	8
31	Contra los granos y rojeces de la piel.....	8
32	Polvos puros de arroz para el cutis.....	caja 3,50
33	Carmín líquido para hermosear los labios.....	3
34	Contra las grietas de los labios.....	3
35	Contra la obesidad (sales para 6 baños).....	8
36	Contra la delgadez (sales para 6 baños).....	8
37	Para teñir y hacer desaparecer las canas.....	8
38	Para dar al cabello un hermoso color rubio oro.....	8
39	Para detener la caída del cabello y reforzarlo.....	8
40	Contra el sudor de manos, pies y sobacos.....	8
41	Para corregir y perfilar las cejas (depilatorio).....	8
42	Lápices para pintar y dar realce a las cejas.....	2
43	Loción para conservar siempre hermosa cabellera.....	8
44	Brillantina hermoseadora del cabello.....	5
45	Contra los sabañones de pies y manos.....	3
46	Contra las grasas y carnes flojas.....	15
47	Para llenar, contornear y embellecer las formas.....	15
48	Crema para blanquear y perfumar el cuerpo.....	20
49	Loción para fijar los polvos al outis.....	5
50	Combinación especial para hermosear.....	8
51	Barniz para hermosear y dar realce al párpado superior... 5	
52	Esmalte porcelana para el cutis (blanco).....	8
53	Esmalte porcelana para el cutis (rosa).....	8
54	Esmalte porcelana para el cutis (morisco).....	8
55	Pasta para ennegrecer y alargar las pestañas.....	3,50
56	Esmalte porcelana para el cutis (natural).....	8
57	Esmalte porcelana para el cutis (rachel).....	8
58	Agua de Colonia mentolada para fricciones.....	8

DE VENTA EN BARCELONA Y MADRID EN LAS BUENAS PERFUMERÍAS

Enviando el importe en sellos de correo o giro postal mas 0,50 para gastos de envío a MILLAT, Apartado de Correos 541, BARCELONA, los recibirá certificados en su propio domicilio.

DEPOSITARIO EN MADRID: CASA CINTO.—RUIZ, 18

VALE por una caja grande de polvos de arroz norteamericanos, superiores para el cutis, en color, que ruego remitan a la dirección adjunta por correo certificado, para lo cual envío pesetas 1,85 en sellos de correo.

Remita este vale a **Especialidades MILLAT**. Apartado de Correos núm. 541.—BARCELONA.

MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

31 Marzo 1926

Año II.—Núm. 32

DIRECTOR:
RAFAEL CALLEJA

DIRECTORA DE LA MODA:

MADAME MARTINE RENIER

Redactora-jefe de la Moda en FÉMINA, de París

NUMERO: 50 CÉNTIMOS.

NÚMERO: 50 CÉNTIMOS.

CON SUPLEMENTO

Número: 80 céntimos.

SE PUBLICA LOS MIÉRCOLES POR LA
EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA", S. A.
Redacción y suscripciones: Cierre y talleres:
M A D R I D SAN SEBASTIÁN

CON SUPLEMENTO

Número: 80 céntimos.



Foto. KAULAK

María Luisa Prado Ameno

Al escribir el nombre de María Luisa, la pluma, inconsciente, escribe también las palabras belleza, gracia, distinción. Y es que esta hija de la marquesa de Prado Ameno pudiera conducir, por derecho propio, ese grupo de muchachas en flor que figura en la vanguardia de nuestra Sociedad. Aunque a decir cierto, y no ya en sentido figurado, no sería esta la vez primera que habríamos visto a María Luisa conducir.

F. M.

Visitas de mujer



Foto. CALVACHE.

Mima Matena Ossorio



SE enfadará la deliciosa Milagritos al leer el título que encabeza estas líneas?
«¡Y que no he de conseguir nunca que me llamen por mi nombre! (—Estas han sido sus primeras palabras.—) ¡Me estoy viendo vieja y gorda, y la gente llamándome Mimo! ¡Será ridículo!»

Recuerdo estas palabras y recuerdo el mohín encantador que las subrayaba; pero... yo también sigo diciendo «Mimo»; ¡le va tan bien este nombre a la hija de los condes de Santa Marta Babío! ¡Está tan lejos todavía, tan perdida entre las brumas de un largo y bello porvenir, la vejez de esta figulina ideal! ¡Y hay, verdade-



ramente, tanto «mimo» en el fondo de sus grandes, maravillosos ojos de terciopelo sombrío!

Airosa, gentil, deliciosamente vestida con una falda plisada de crespón de China verde y un *jumper* del mismo tono, la bellísima muñeca se ha sentado junto a mí en el diván que, entre un biombo y un balcón, ante una mesa cubierta de libros y de flores, constituye un rincón insuperable de intimidad y confort en el domicilio de los condes de Santa Marta Babió.

Y charla con esa gracia espontánea, natural, llena de irresistible atractivo, que tienen muchas mujeres que «se creen sosas», en contraste con el atolondramiento afectado e irritante de muchas que «pasan por saladas».

—Voy a quedar muy mal —declara—; ya ve usted, si me pregunta de deportes, yo que los practico superficialmente todos, no conozco ninguno a fondo. Así, por ejemplo, la equitación: la primera y única vez que intenté montar a caballo, fué con el famoso rejonador Cañero; me hice, ¡hop!, y sin saber ni cómo ni por qué, recorrí cinco kilómetros.

Añade, cómicamente compungida:

—¡Luego estuve tres días sin poderme mover!

La escucho, y pregunto:

—Es usted andaluza, ¿verdad?

—¡Jesús, qué desesperación! ¿Lo dice usted por el acento?

—¡Claro!

—Pues no; no soy andaluza; es que hablo mal.

—¿Mal? ¡Y el acento andaluz, sobre todo en una mujer, es de los más graciosos que existen!

—Sí; pero como yo soy madrileña... Creo que se me habrá pegado de tanto como me gusta Andalucía. Tanto, que este año, cuando me dieron mis padres a escoger entre un viaje por el extranjero, donde he estado poco —en Francia, en Suiza y en Alemania, nada más—, y una estancia en Sevilla, que conozco a fondo, pues... ¡elegí Sevilla! ¡Y es que no lo puedo remediar: el sol me atrae, me entusiasma, me parece que me infunde una nueva vida, y, con sol, todo me parece distinto, hermoso, alegre, joven!

—Sus papás, ¿tampoco son andaluces?

—Tampoco, de Galicia los dos; también me entusiasma aquéllo.

—¿Ustedes veranean siempre en sus posesiones de La Coruña?

—Siempre no; pero sí he estado mucho por aquellas regiones; me parece que son de los lugares más bellos del mundo.

—¿Conocerían entonces a la Pardo Bazán?

—¡Mucho! Su castillo de Torre de Meiras es vecino del nuestro, y la condesa era una gran amiga de casa.

—Ya que de ella hablamos, dígame algo de sus aficiones literarias. ¿Lee usted mucho?

—¡Ay! —exclama con gracioso terror—. ¡No me pregunte! Figúrese que me gusta la lectura con pasión, y leo mucho, sobre todo novelas y versos; pero soy tan distraída que se me olvidan en seguida los nombres de las obras y de los autores.

—Entonces, hábleme de sus demás distracciones predilectas.

—¡Ah! Pues más que nada, el baile y la música.

—¿Toca usted el piano?

—Lo aprendí; luego lo descuidé en las Esclavas; pero me gusta mucho oírlo, y, cuando suenan unos compases, ya estoy deseando bailar; ese es mi delirio: el baile.

—¿Cuál, principalmente?

—Todos los de salón: vals, tango, «shimmy» y, sobre todo, el «schotisch», porque al bailarlo es cuando mejor veo lo castiza que soy.

—Madrileña, gallega, andaluza...

—¡Pero española siempre, y por encima de todo!

—Verdad. Y, aparte del baile, ¿qué más distracciones le agradan? ¿El teatro?

—Al teatro voy, sí..., por acompañar a mamá, que le gusta mucho.

—¡Tiene gracia! —exclamo, refiriéndome aun más que a sus palabras al tono de condescendencia «maternal» de mi monísima interlocutora.

Añade:

—A mí me gusta más el cine.

—¿Por...?

—Porque, al menos, cuando me aburro, me puedo dormir.

Esta vez, río francamente:

—¡Ha estado usted «güena!»

Y recapacito:

—De modo que sus distracciones favoritas son el baile, la lectura de versos y novelas, los viajes por España..

—También —dice confidencialmente— me gustan mucho las faenas de la casa: la repostería, la costura, el adorno del hogar...

—Ya se nota —agrego; y paseo en torno mío una mirada complacida.

—Para ser un piso, puede pasar, ¿verdad? Yo prefiero al lujo, a la riqueza, el confort suave, risueño, agradable, el buen gusto hospitalario...

—Sí, esto está —y la palabra es intraducible— deliciosamente *gemutlich*.

—¡Ah! —exclama Mimo, riendo—. Yo también sé alemán..., y lo siento; más útil me sería hablar inglés.

Y, de repente, con mucho susto, exclama:

—¡Por Dios, no vaya usted a poner eso!

—¿El qué? ¿Que habla usted alemán?

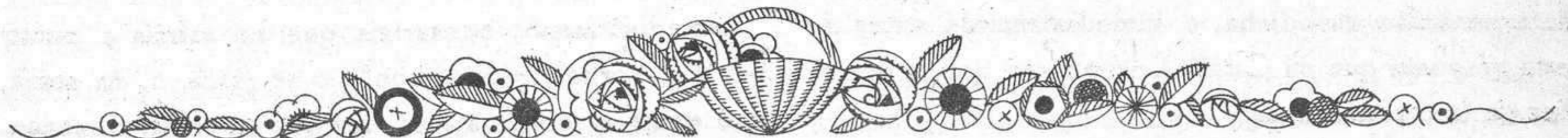
—No; que me gusta ocuparme de la casa.

—¿Por qué?

—Porque me creerían *pot-au-feu*.

Y es una de las más pintorescas ocurrencias de la condesita de Santa Marta: el que pueda parecer *pot-au-feu*, esta muñeca exquisita, vestida con refinada y juvenil elegancia, de silueta de Tanagra y ojos de terciopelo, y que une toda la gracia de la madrileña, la profundidad sentimental de la gallega y la alegría dulce y apasionada de la andaluza, en su personalidad de españolita aristocrática, muy moderna, completamente *up to date*.

CARMEN DE AVILA.





¡QUÉ CONFLICTO!

POR

R. F. DE VIVAR

—Bueno; entonces, ¿cuándo vas a ver a papá y a pedirle mi mano?

Yo tengo una imaginación gráfica y previsor. Todo cuanto he de hacer, todo cuanto ha de acaecerme, sucede en previa representación detallada dentro de mí. Pero esta vez mi imaginación se quedó al pronto inmóvil y me miró con un gesto confuso. Luego descubrió una virtud antípoda de la suya habitual: hizose retrospectiva y me presentó la imagen pavorosa de los exámenes del bachillerato con aquellas sus preguntas, cuya utilidad he buscado afanosamente en vano durante los largos años trascurridos desde entonces: «¿Puede usted decirme a qué familia pertenecen los percebes?», o «¿cuáles son las propiedades específicas del sulfohidrato de antimonio...?»

—«¿Cuándo vas a ver a papá y a pedirle mi mano?»

Tan desconcertante como si Catalina hubiese inquirido: «¿Cuándo vas a dar en la Comedia un concierto de corno inglés?»

He de advertir que soy huérfano y sólo. No tengo tíos ni tías. Ningún pariente susceptible de solemnidad. Ni siquiera un amigo respetable e idóneo para el caso. Quiere decir que yo, yo en persona, habré de ir a ver al padre de Catalina para pedirle su mano.

Cuando alguien dice: «El Sr. Martínez Adobe ha tocado el corno inglés, o toca el corno inglés, o va a tocar el corno inglés», no experimentáis sorpresa alguna. (Somos así de absurdos.) Os parece normal, sencillito, que el Sr. Martínez Adobe toque el corno inglés. Acaso adivináis en el Sr. Martínez Adobe decidida vocación, aptitudes singulares para el manejo del mentado instrumento.

Pero ésta no es sino una de tantas manifestaciones de nuestro frívolo egoísmo. Imaginad que un día os dicen: «Mañana tienes que ir al Hotel Ritz a dar un concierto de corno inglés». ¿No sentiríais un estupor indescriptible?

Inmediatamente pensaríais que no sabéis a punto fijo si el corno inglés se sopla, o se rasca, o, en suma, qué exige el corno inglés, una vez en vuestras manos,



Y yo les digo a ustedes que mi novia es adorable, es posible que ustedes me contesten:

—Claro: usted qué va a decir...

O quizás:

—Pasión de enamorado.

O tal vez:

—Los ojos con que usted la mira. (Para el caso de realizarse esta tercera hipótesis deposito, de antemano aquí, un expresivo: «Favor que usted les hace; muchas gracias».)

Después de todo, lo que acaso me contestarían ustedes es:

—Bueno, y ¿a nosotros qué nos importa?

Y, realmente, es verdad. Que mi novia sea adorable, a quien le importa es a mí. Pero es que sus encantos superlativos son elemento de importancia en el conflicto que me preocupa; porque si ella no fuese tan encantadora, yo no estaría tan enamorado; si no estuviera tan enamorado, no pensaría en casarme, y si no pensara en casarme... Bueno; verán ustedes, porque esto es ya entrar en materia.

Catalina —Catalina, mi adorable Catalina es mi novia— y yo quedamos anoche definitivamente de acuerdo en que nos casaremos en abril. Resuelto a ahorrarles a ustedes cuanto no sea indispensable antecedente de la súplica que les voy a dirigir, omito todos los trámites, considerandos y disquisiciones que precedieron a tan admirable determinación. Omito igualmente el diálogo sabrosísimo y deleitoso que vino en pos de la determinación susodicha, e inmediatamente antes de esta pregunta que mi Catalina pronunció con la sencillez de la inconsciencia:



para consentir en modular dulces notas. Digo más: caeríais en la cuenta de que no sabéis con certeza qué cosa sea un corno inglés.

Y es muy probable que os apresuréis a responder a vuestro interlocutor:

«Querido amigo: No sé lo que es un corno inglés. No estoy propicio, a mi edad, para entablar relaciones con un instrumento que a lo mejor lanza sonidos estridentes y que comprometería, a no dudar, mi reputación de persona seria. Está dentro de lo posible que haya que hinchar desmedidamente los carrillos, gesto poco digno y que, estoy seguro, no me favorece.»

Pues en algo así se condensa mi impresión ante las palabras de Catalina sobre la inevitable petición de su mano.

Pedir la mano. ¿Qué es eso? ¿Cómo se hace eso?

No he tenido hermanas. Quiere decir que a mi casa no ha venido nunca nadie de «chaquet» a pedir manos femeninas.

Sin duda he leído en los periódicos muchas veces que «...ha sido pedida la mano de la distinguida señorita...» Pero el hecho se menciona siempre en tiempo pasado («ha sido») y sin añadir descripción del hecho ni detalle alguno. Y por mi parte, nunca intenté desentrañar el por qué misterioso de esa que consideraba frase hecha sin sentido real.

Ustedes hacen lo mismo a diario con tantas otras: *beso a usted la mano; a los pies de usted; ha tomado usted posesión de su casa*. Se dice y no se hace. Pero no: resulta que esto no es tal frase hecha. Ahí están, para desmentirlo, las terminantes palabras de Catalina. Y sin embargo...

Yo me niego a creer que un señor formal se ponga un traje oscuro y se vaya a casa de otro señor —a quien es muy posible que no haya visto en su vida—; y que este señor, también serio —y también con un traje oscuro— le reciba, le invite a sentarse y se disponga a escuchar cómo el recién llegado le dice:

—Buenas tardes; vengo a pedirle la mano de su hija' que mi hijo anhela fervorosamente.

Más me inclino a creer que si el primer señor se lanzase a proferir tales palabras, el segundo respondiese con violentos esdrújulos e imprecaciones vindicativas, o bien se sintiera súbitamente acometido por un ataque de hilaridad irresistible. Según su temperamento.

He meditado largamente. He examinado la hipótesis de que así como hay un lenguaje del abanico, de las flores o de los ojos, exista un lenguaje del indumento.

Una chaqueta a grandes cuadros podría significar: «Señorita, la amo a usted con tal pasión, que por comunicárselo me he puesto esta prenda de gusto dudoso».

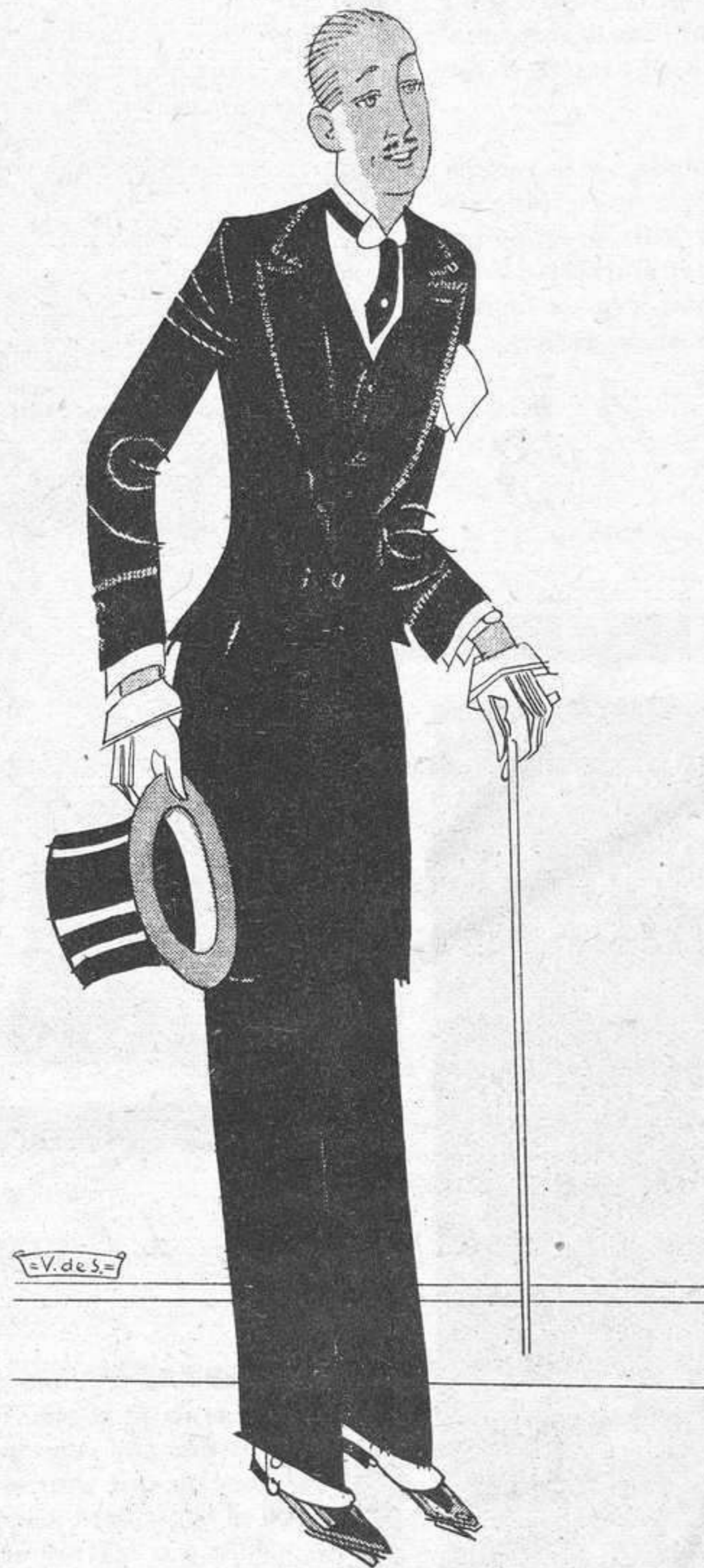
Y el hecho de presentarse en casa de un señor completamente desconocido, de «chaquet», podría ser el símbolo preciso y suficiente de esa pavorosa petición, indispensable requisito previo de las justas nupcias.

Pero mis investigaciones han echado por tierra hipótesis tan confortadora. No existe ese lenguaje de la indumentaria que permita pedir la mano sin pedirla. He consultado enciclopedias, tratados de buena crianza, y, ciertamente, he hallado arduas disertaciones sobre temas tales como la forma de comer ciertos pescados exóticos, disertaciones cuya utilidad no me parece excesiva, pues dudo que nunca tenga ante mí tales man-

jares; y si el caso se diera, es muy probable que no los reconociese y que les sacara la raspa como si fuesen humildes besugos. El caso es que ni una línea he logrado hallar acerca de la fórmula exacta y completa para pedir la mano de la futura esposa.

He aquí la razón de implorar vuestra ayuda.

Mi vida se va a truncar. Yo no puedo ser feliz sin Catalina. Catalina no puede ser feliz sin mí. Pero no nos podemos casar sin que yo vaya «a ver a su padre». Es absurdo: lo sé; pero es así. ¿No habrá algún lector caritativo que me resuelva este conflicto?





UNA INFORMACIÓN DE "MUJER"

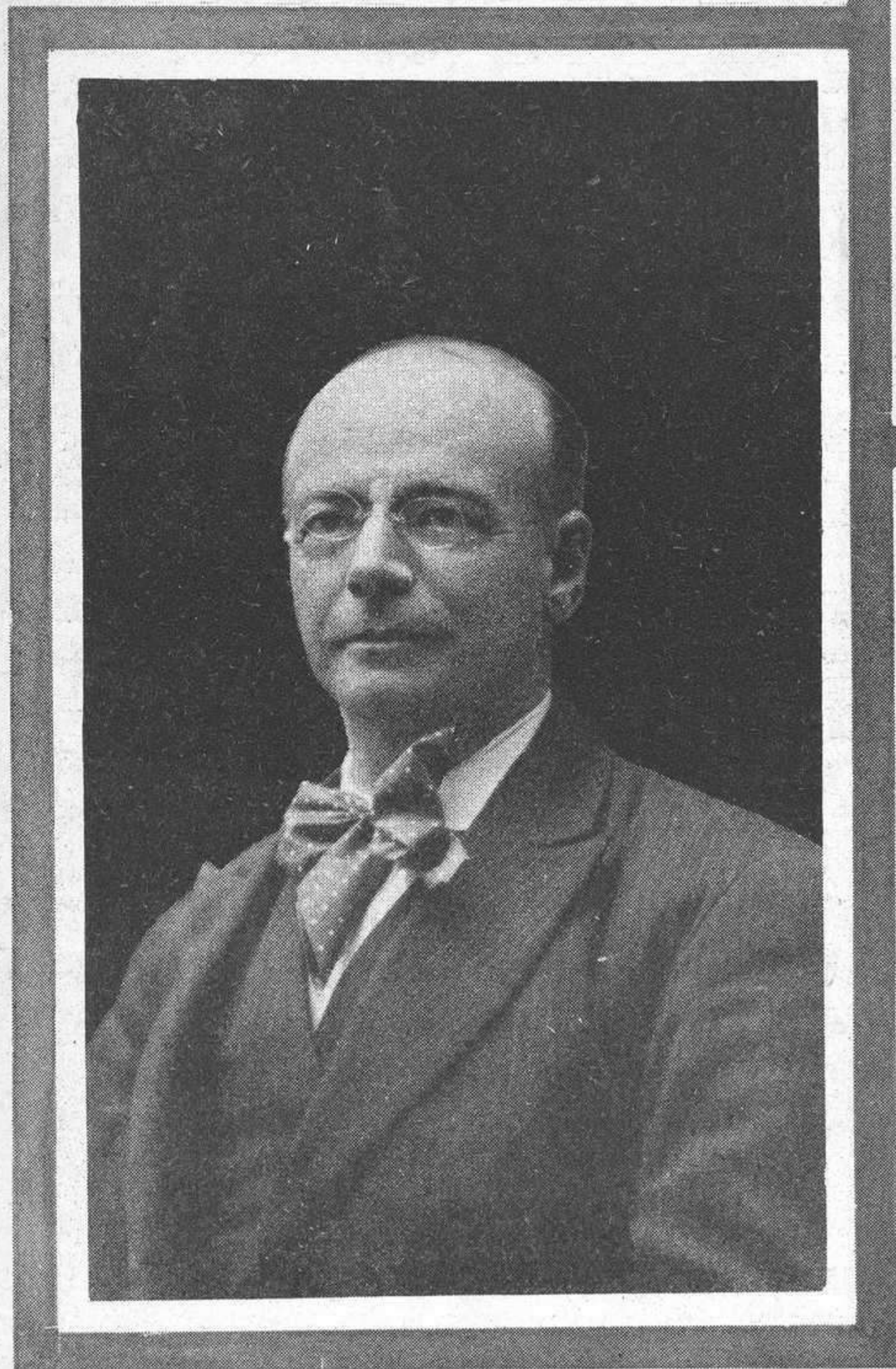
¿Cuál es, a juicio de usted, el mayor defecto de la vida actual?

El defecto más interesante de nuestra vida actual radica en el desdén con que la miramos y en la atención consagrada a la frivolidad, dueña y señora de los tiempos que corren. Nos caracteriza la falta de ideal; vivimos al día, sin otro deseo que el fácil de lograr, ni más ambiciones que las que se hallan al alcance de nuestra mano, y tal estado engendra la carencia de solidaridad, que nos consume y degrada. El hombre solo, aislado, sin compenetración íntima con los que le rodean, sin anhelo soberano que le empuje a la satisfacción de legítimas ansias, transmite a nuestro ser el decaimiento en que nos agotamos. No tenemos más afán que el de lo frívolo, ni otro pensamiento que el de lo insubstancial y momentáneo. Gastamos la vida sin que la maticen aspiraciones amplias, grandes y duraderas.

Y ¿cuál su mayor encanto?

La segunda pregunta tiene respuesta indicada en la condición que pongo a la primera. El encanto supremo que puede tener nuestra vida estará siempre en lograr los ideales que nos estimulen. No habrá mayor deleite que el de ver convertidas en realidad las ansias soñadas, ni satisfacción igual a la de conseguir trocar la ilusión en objeto efectivamente alcanzado.

J. Francos Rodríguez



Gabriel Alomar

FOTO. AMER.



FOTO. KAULAK

J. Francos Rodríguez

¿Cuál es, a juicio de usted, el mayor defecto de la vida actual?

El sentido idolátrico de la vida. La sustitución de los ideales puros por sus representaciones materiales. Así se desvirtúan los conceptos que dieron a los hombres su mayor tesoro: la libertad. Así el espíritu, inasequible y alado, se materializa groseramente.

Sólo por esa superstición, visible en las actividades superiores de la vida (Religión, Ciudadanía, Ética), ha sido posible que la mujer de las clases elevadas muestre cierta deplorable inclinación a las malas causas, cierta debilidad de hembra en favor de los tiranos, y aun cierta crueldad social...

¡Devolved a la mujer el sentido de la piedad, el gesto de caricia de su mano apaciguadora sobre nuestras iras, sobre nuestras pasiones! Que sea de nuevo entre nuestras luchas la Sabina eterna, la verdadera décima musa que se llama Libertad.

Y ¿cuál su mayor encanto?

La ruptura de las viejas murallas entre las clases sociales; un sentido cada vez más amplio de la convivencia humana. El verdadero progreso es la integración de todos los estamentos en un común esfuerzo de superación. Todos los grupos van concurriendo a la formación de las aristarquías, extendiendo el sentido de la Ciudad, a costa de las últimas resistencias señoriles o villanas, del Castillo y de la Aldea.

Gabriel Alomar



EL ARTE DE NO DECIR NADA

Tercio en una partida de "mah-jongg"

La biblioteca. Hemos vuelto a Madrid en uno de esos bruscos cambios de frente que caracterizan a «Madame». Libros revueltos, con los que yo me he constituido un deber de clasificación. Ha caído entre mis manos esa maravilla de la literatura francesa que se titula *La Cartuja de Parma*. ¡Stendhal...! Quiero abrir el libro para encontrar siquiera entre las páginas el nombre de su héroe, mi tocayo, y de su interesante y desconcertante tía, la duquesa de San Severino. No me es posible satisfacer mi deseo, sin embargo. La puerta se abre y una rizada cofia de doncella se presenta ante mis ojos.

—La señora, señorito Fabricio, le suplica vaya al gabinete.

Voy al gabinete. «Madame» está con dos damas más. Presentaciones.

—He llamado a usted —dice la dueña de la casa— para que nos haga el cuarto al «mah-jongg». ¿Le molesta a usted mucho un «mah-jongg» entre señoras?

Me inclino antes de responder.

—No me molesta en absoluto. Todo lo contrario.

Nos sentamos para empezar la partida, y, antes de arrojar los dados de concha, se fijan las condiciones de juego. Vale todo, incluso «cabezas y rabos». Límite normal, dos y cuatro, y tres y seis para los extraordinarios. Precio del millar, dos pesetas cincuenta céntimos. No puede ser la ruina. Menos mal. Comenzamos.

De las cuatro personas que forman la partida, a tres nos importa otros tantos pitos el «mah-jongg». Una de las señoras charla por los codos con la de la casa, y yo estoy en mi sitio porque me han llamado. Únicamente la otra dama se comprende tertia en el juego por el juego mismo. Es la ingenua del sainete.

La señora primera habla, con una vocecita que quiere ser melosa y en la que, sin embargo, se presiente el filo de una navaja de afeitar.

—¿No sabes, «pochola»? ¡La gran noticia! Una boda en puertas. «Lulú» se ha arreglado con Tono. Esta vez parece que la cosa va en serio. «Lulú», con éste de ahora, ha batido el *record* de los cien novios que poseía Pilar Finful. Se da por satisfecha y se casa. ¡Otros todavía que desfilan hacia el matrimonio!

—¡Gracias a Dios! —exclama en este momento la otra dama—. Acaba de entrarme la primer «pareja».

«Madame» hace los honores con un gesto que conozco demasiado para atreverme a calificar. Pero pudiera asegurar, desde luego, que no se divierte. «La cotorra», entre ficha y ficha, continúa:

—¿Viste ayer en el «tennis» a los Pisapico? Ahora van siempre con Julián. Al «tennis» y a todas partes. Por ahí la gente murmura de ellos. Pero es lo que yo he dicho al que me ha querido oír: «Cuando al marido, que es a quien podía importarle, no le importa, ¿qué tienen que ver los demás...?»

Me atrevo a interrumpir con el gesto para apoderarme del as de círculos que acaba de arrojar la murmuradora.

—Uno, dos y tres —canto, arreglando las correspondientes fichas sobre mi muralla.

—¿Hace usted *chaos*? —inquire la ingenua—. ¿Y a principio de juego? ¡Qué poco aguante...!

Continúan la partida y los comentarios. La más charlatana de todos nosotros se cree en el deber de cumplimentar a la dueña de la casa.

—Debieras dedicarte, en profesional, a los viajes —dice—. Este de ahora, por lo menos, te ha sentado a las mil maravillas. Vuelves, si cabe, más bonita que nunca.

—¡Una flor! —exclama «Madame» en este instante—. Tengo que robar de «los honores».

Avanza el «mah-jongg» y disminuye la muralla. Hay unos segundos de silencio, en los que la posible emoción del juego nos ha hecho a todos su presa. Estamos en el final, como quien dice, y se presiente que alguno de entre los cuatro va a cantar la última jugada del victorioso. Ello dura poco, sin embargo, y sólo la señora ingenua acusa sostenidamente unas palpitations de fiebre *mah-jonggística*. Aquella que lleva la voz cantante en la partida, prosigue su piadosa tarea.

—Lo que es un verdadero escándalo —asegura— es el caso de ese grupo de señoras que capitanea la Floresta. Inevitablemente van solas, aunque vayan muy acompañadas. Quiero decir que ni por casualidad se ve con ellas a un solo marido de todo el grupo. Y así frecuentan los días de moda de los hoteles y las noches de gala en las comidas. Bailan hasta que acaba la orquesta, y el caso es que no les falta nunca con quién bailar.

—¡Parejas sucias! —grita ahora una voz a la que la emoción pone sordina—. ¡Lástima que no tenga siquiera una flor por qué doblar!

Pagamos los tantos que nos corresponden a la ingenua del sainete. Mientras mis dos manos intervienen en el revolver de las fichas, con que se anuncia la partida próxima, yo pienso que el inocente juego de «mah-jongg»; en su léxico especial, posee frases precisas que pudieran muy bien prestarse al equívoco.

FABRICIO MADRID.



DETECTIVE POR AMOR

Novela por MARIE C. y ROBERT LEIGHTON

(Continuación.)



ASTA —dijo el juez—. Muchas gracias.

Lena se dejó caer en la silla que la habían puesto, porque ya no era preciso que permaneciese fuera de la sala.

A continuación declaró el Dr. Hale. En respuesta a las preguntas que le hicieron dijo:

—Soy médico de cabecera de la familia de lord Luxmore, y con algunas intermitencias asistí al difunto durante los dos últimos años de su vida. El martes pasado por la mañana fué a buscarme a caballo un mozo de las caballerizas y me dijo que lord Luxmore había muerto. Inmediatamente monté en el caballo que me llevaba y llegué aquí a las siete y cuarto. Cuando entré en la biblioteca mandé retirarse a las señoritas y que sólo quedaran a mi lado Mrs. Vayne y el mayordomo. Lord Luxmore se hallaba en el suelo tal como ha dicho la testigo anterior. Desde el primer momento vi que eran inútiles mis auxilios; pero, no obstante, puse en práctica todos los medios que tenía a mi alcance, con la débil esperanza de volverle a la vida. Empleé, entre otras cosas, la respiración artificial, las compresas calientes, las inyecciones de éter y las ventosas; pero como había previsto, con nada logré el más pequeño efecto.

Las comisuras de los labios de Miguel Dred dibujaron una ligera sonrisa al oír detallar al médico provinciano sus esfuerzos para devolver la vida al difunto. El *Coroner* preguntó:

—¿Cuánto tiempo calcula que llevaría muerto lord Luxmore cuando llegó usted?

—Una hora próximamente —respondió el doctor—. A juzgar por el aspecto del rostro, mi primera impresión fué que había fallecido de una hemorragia interna. También me fijé en que tenía las pupilas muy contraídas, lo cual parecía indicar la presencia de un narcótico.

—¿Puedo preguntar si se ha analizado el contenido del estómago? —dijo Miguel Dred echando una mirada de disculpa al juez por su intervención.

Aun no se ha acabado de hacer el análisis —repuso el médico con reserva.

—¿Disfrutaba ordinariamente de buena salud lord Luxmore?

—Sí; puede decirse que su estado era bueno aparte de ciertos accesos de debilidad. Sin embargo, podía calificársele en cierto modo de enfermo imaginario.

—En su opinión, doctor —dijo el juez irguiéndose en su asiento—, ¿cree usted posible que lord Luxmore haya fallecido de una causa natural?

—No —repuso enfáticamente el médico—, no es posible.

Entre los presentes se alzó un murmullo.

—¿Lo afirma usted con plena convicción? —preguntó el juez.

—Sí —replicó el Dr. Hale poniéndose encarnado ante la insistencia del juez—, lo afirmo, y, aunque todavía no puedo determinar de un modo preciso el procedimiento empleado para cometer el crimen, no me cabe duda de que lord Luxmore ha sido asesinado.

Lanzando una débil exclamación, Lena Luxmore escondió su pálida cara entre las manos. En todos los presentes se agitaba una nueva sensación. La indagatoria había adquirido una solemnidad mayor. Hubo un momento de silencio, durante el cual todos los rostros se pusieron más graves y más aguzadas las miradas. Sólo Miguel Dred no demostraba ni sorpresa ni horror.



CAPÍTULO VI

LA PRIMERA PISTA



EL tercer testigo examinado fué el teniente Wingrove. Su aspecto produjo impresión favorable. Su modo de andar gallardo y desembarazado, su cuerpo erguido y su mirada franca y sin temor expresaban honorabilidad, valor y rectitud en todos sus actos.

—¿Su nombre es Pablo Wingrove y su profesión oficial de la Real Armada? —preguntó el juez.

—Sí, señor.

—¿Estuvo usted aquí el día de la muerte de lord Luxmore?

—Sí, señor.

—¿Cuál fué el objeto de su visita?

—Ver a la familia de lord Luxmore, y, sobre todo, verle a él.

—¿A qué hora llegó?

—A las tres próximamente. Al preguntar por lord Luxmore, me dijo el mayordomo que estaba durmiendo. Entonces pasé al salón y esperé hasta que me avisaron que podía verle. Cuando entré en la biblioteca serían las cinco y media.

—¿Estaba solo lord Luxmore?

—Sí.

—¿Disfrutaba de buena salud en apariencia?

—Su salud era excelente al parecer.

—¿De qué asunto tenía usted que tratar en la entrevista?

Pablo titubeó visiblemente y dirigió la mirada a Lena que desde su asiento le miraba fijamente.

—¿Es indispensable que conteste a esa pregunta? —dijo con tono suplicante—. Se trata de un asunto que no es posible que interese en la presente indagatoria.

—Eso solo puede decirlo el Jurado. Tenga la bondad de contestar a la pregunta.

—Pues vine a ver a lord Luxmore para pedirle la mano de una de sus hijas y me la negó rotundamente. Eso fué todo.

—¿Fué violenta la escena que se desarrolló entre ustedes? Pablo volvió a titubear. Luego respondió francamente:

—Sí.

—¿Se cruzaron palabras coléricas de ambas partes?

—De mi parte, puedo decir que no. Lord Luxmore se indignó un tanto por lo que él consideraba un atrevimiento mío y expresó su indignación en términos fogosos.

—Tenga la bondad de explicarnos lo que dijo.

El teniente Wingrove se puso muy encarnado al contestar: Me comparó con su sobrino, al cual no tengo el gusto de conocer, y me llamó granuja y buscavidas rastrero.

Estas palabras produjeron una impresión dolorosa en el auditorio. El rostro de miss Luxmore se había puesto de color carmín.

—¿Cuáles fueron las últimas palabras que se cruzaron entre ustedes? —continuó inflexible el juez.

Esta vez Pablo se negó en absoluto a contestar. Era doloroso observar que su negativa constituía un cargo en contra suya. Después de una larga pausa, el juez preguntó secamente:

—¿Qué hora era cuando salió usted de la biblioteca?

—Lo ignoro, pero al poco rato oí dar las seis en un reloj.

—¿En qué situación dejó usted a lord Luxmore?

—De pie, junto al sillón. Estaba perfectamente bien, por lo que pude ver.

—Dice usted que oyó dar las seis poco después. ¿Dónde estuvo usted mientras tanto?

—En el salón. Entré en él al salir de la biblioteca y aguardé un rato allí..., diez minutos quizás. Después salí de la casa.

En todo ese espacio de tiempo no vi a nadie más que al mayordomo.

—¿Le vió salir alguien de la biblioteca? —preguntó Miguel Dred.

—No lo sé; por lo menos yo no vi a nadie.

—Mientras estaba usted en el salón, ¿no vió a nadie entrar en la biblioteca?

—Oí abrir una puerta y creí que era la de la biblioteca. Al oír el ruido pensé que salía lord Luxmore, pero todo quedó en silencio inmediatamente. Cinco minutos después salí de la casa.

—¿A quién o qué esperaba usted solo en el salón?

—Esperaba ver a miss Luxmore, pero no se presentó.

—¿No vió usted ningún criado al salir?

—Sólo vi al mayordomo en el vestíbulo. Se sentía más gente, pero no podía ver nada, porque no había ninguna lámpara encendida.

—¿Habló usted con el mayordomo?

—Cruzamos unas cuantas palabras indiferentes. Yo tenía prisa por coger el tren. Ya fuera de la casa, por una ventana iluminada, vi a Mrs. Vayne de pie junto a ese aparador.

Mrs. Vayne alzó la cabeza vivamente.

—¿Cuándo se enteró usted de la muerte de lord Luxmore?

—En la estación de Swindon, cuando venía aquí. Me había llamado por telégrafo Mr. Dred.

—Una pregunta más —dijo el juez—. ¿Entiende usted algo de química?

Pablo denotó cierta sorpresa ante aquella pregunta incongruente, al parecer.

—Sí; he estudiado esa ciencia —repuso—. En algún tiempo fui discípulo de un famoso doctor indígena en Ceilán.

—¡Ah! —exclamó el Dr. Hale.

Los ojos de Miguel Dred tomaron una expresión de velada satisfacción.

Al acabar su declaración Pablo Vingrove, el juez le mandó salir del aposento diciendo de un modo significativo que quizás fuese preciso interrogarle de nuevo.

Después, para determinar la hora en que había salido el marino de casa de lord Luxmore, fué llamado Guillermo Stone, el cual dijo:

—Soy jefe de la estación de Luxmore. El martes por la tarde vi en el andén al testigo que acaba de comparecer, esperando el tren de las 6,32 para Londres. Como le conocía mucho de vista le saludé con el sombrero. No me habló. Cuando llegó el tren abrí un departamento de primera. Era el único viajero de dicha clase. En tercera iban varios.

—¿Observó usted algo de particular en su aspecto?

—Sí, señor. Mientras esperaba en el andén, encendió un cigarro. Yo estaba cerca de él en aquel momento. Se hallaba inquieto y muy agitado. Tenía el rostro pálido... Me fijé en este detalle porque al llegar al pueblo el día antes venía muy colorado. Le fallaron cuatro cerillas antes de conseguir encender el cigarro y me chocó el caso, porque es marino y todos los marinos son capaces de encender la pipa en medio de un huracán.

El asunto se iba poniendo desagradable para Pablo Vingrove. Uno de los jurados hizo una pregunta, que al parecer no se le había ocurrido a nadie hasta entonces.

—¿Faltaba algo en la habitación o en las ropas del difunto?

El juez se volvió hacia Mrs. Vayne, que estaba sentada en el extremo más apartado del salón, y la interrogó acerca de este punto. La dama se acercó a la mesa de mala gana.

—No sé si faltará algo —dijo—, pero en el cuarto no se notaba ninguna alteración. Se puede hacer un registro si es necesario.

Al decir esto miró a Miguel Dred como si esta investigación fuera de su competencia. El detective estaba en aquel momento contemplando el rostro del Dr. Hale.

—Es extraño el olvido —observó el juez con tono de censura—. No se explica la omisión de ese reconocimiento hallándose en la casa un detective tan distinguido.

Miguel Dred se volvió sonriendo con desdeñosa superioridad.

—Se ha hecho esa investigación —dijo tranquilamente—.

Está rota la falleba de una de las ventanas de la biblioteca y falta el reloj de lord Luxmore. Se cree que lo llevaba encima el día del crimen.

Esta declaración fué acogida con un murmullo. Dred prosiguió: Tengo que rogar a Mrs. Vayne que pida las llaves de los baules de todos los criados. Hay que hacer un registro.

El juez se volvió hacia Mrs. Vayne que se mostraba algo agitada.

—¿Están en casa todos los criados? —preguntó.

—Todos —respondió brevemente Mrs. Vayne—. Todos, excepto Eduardo Bell, el mayordomo.

—¿Dónde está Bell?

—Ha ido a Londres a arreglar lo referente al entierro.

—Perfectamente. Según tengo entendido, además de desempeñar las funciones de mayordomo, Bell era ayuda de cámara de lord Luxmore, ¿verdad?

Mrs. Vayne movió la cabeza afirmativamente.

—Tenga usted la bondad de pedir las llaves y acompañar a Mr. Dred en el registro.

—Debo protestar contra ese registro —dijo Mrs. Vayne— porque creo perfectamente inútil revolver la ropa de los criados.

—Si no quiere usted acompañarme, yo practicaré el registro solo —dijo Miguel Dred—. Basta que se me indique cuáles son los cuartos de los criados.

Viendo que sus protestas comenzaban a despertar sospechas, Mrs. Vayne se levantó bruscamente y salió del salón tras de Miguel Dred. Ambos estuvieron ausentes un cuarto de hora. A su regreso Miguel Dred se acercó al juez, y puso sobre la mesa un gran reloj de oro.

—Aquí está el reloj de lord Luxmore —dijo—. Observará que está parado en las seis menos cinco... La hora aproximada en que se cometió el crimen. Mrs. Vayne le dirá dónde lo hemos encontrado.

CAPÍTULO VII

LA CAPA MISTERIOSA



Mrs. Vayne se ruborizó y se mostró algo turbada al ser invitada a declarar. El juez le miró con expectación. Todas las miradas convergían en ella. Nadie respiraba, esperando escuchar sus palabras.

—Hemos encontrado el reloj —dijo lentamente— en el baúl de Eduardo Bell, el mayordomo. Como se ha llevado la llave hemos tenido que forzar la cerradura.

Por todos los circunstantes corrió el escalofrío que en tales ocasiones sigue a las declaraciones sensacionales.

Lena Luxmore se echó hacia atrás sobre el respaldo de la silla, lanzando un profundo suspiro. Acababa de quitarse un gran peso del corazón, porque temía que el descubrimiento del reloj aumentase por cualquier circunstancia extraña las sospechas que habían comenzado a recaer sobre Pablo.

—¿Se observa algo digno de mención en el modo de haber sido puesto el reloj en el baúl? —preguntó el juez, encarándose con Dred.

El detective tomó el reloj y abrió su magnífica caja de oro.

—Por diversos indicios creo que fué guardado en el baúl antes de descubrirse la muerte de lord Luxmore —dijo—. En cuanto a la circunstancia de hallarse parado a las seis menos cinco, creo que debe considerarse como un punto importantísimo de la evidencia. Observo —añadió continuando el examen del reloj— que está roto el muelle espiral. Parece que el reloj ha sufrido un golpe o se ha caído.

—¿Cree usted que la caída de lord Luxmore puede haber determinado la parada del reloj? —preguntó el juez.

—Es posible —respondió Miguel Dred—. Estos cronómetros son sumamente delicados.

Diciendo esto devolvió el reloj al juez y se sentó. Mrs. Vayne ya ocupaba su asiento.

(Continuará en el número próximo.)

EL SMOKING



Sabido es que una de las tendencias actuales del traje de sastre es parecerse al «smoking» masculino. Pero, sin dejar de respetar la línea todo lo posible, nuestros modistas han tenido que emplear, para mayor diversidad, numerosos tejidos distintos, como puede verse en esta página. A la izquierda, «smoking» cruzado, última novedad de la moda masculina y adaptado, en tejido inglés, a la moda femenina; el segundo modelo es un traje de reps marrón; la falda es «beige», y los bolsillos van ribeteados en este mismo color. A la derecha, el primer traje es de tejido «chiné», gris claro, con un cuello de terciopelo. El otro, que es el modelo corriente del «smoking» femenino, comprende una chaqueta de reps negro ribeteada con una trencilla, y una falda escocesa.



Este traje es muy característico de la adaptación de la idea del «smoking» a las tendencias actuales de la moda parisina. Los frunces en el talle forman un efecto de ablusado, que aparece, así como la falda plisada, en casi todas las colecciones de este año.

De estos dos trajes, el primero es el «smoking», ya casi clásico; tiene una chaqueta verde botella y una falda escocesa a tablas huecas. El segundo es enteramente azul, con la falda plisada.

Los GRANDES MODISTAS



DOUCET

Traje de sastre, de «royal» negro; falda negra y blanca; blusa de crespón plisado.



JANE REGNY

Vestido de crespón «beige» con vivos respunteados que forman cuadros. Cintura de ante rojo.



Vestido de «crepe Georgette», color «beige», con volantes en la falda.



JANE REGNY

«Dos piezas» de tejido inglés «beige», adornado con tiras del mismo tejido, colocadas en sentido opuesto.



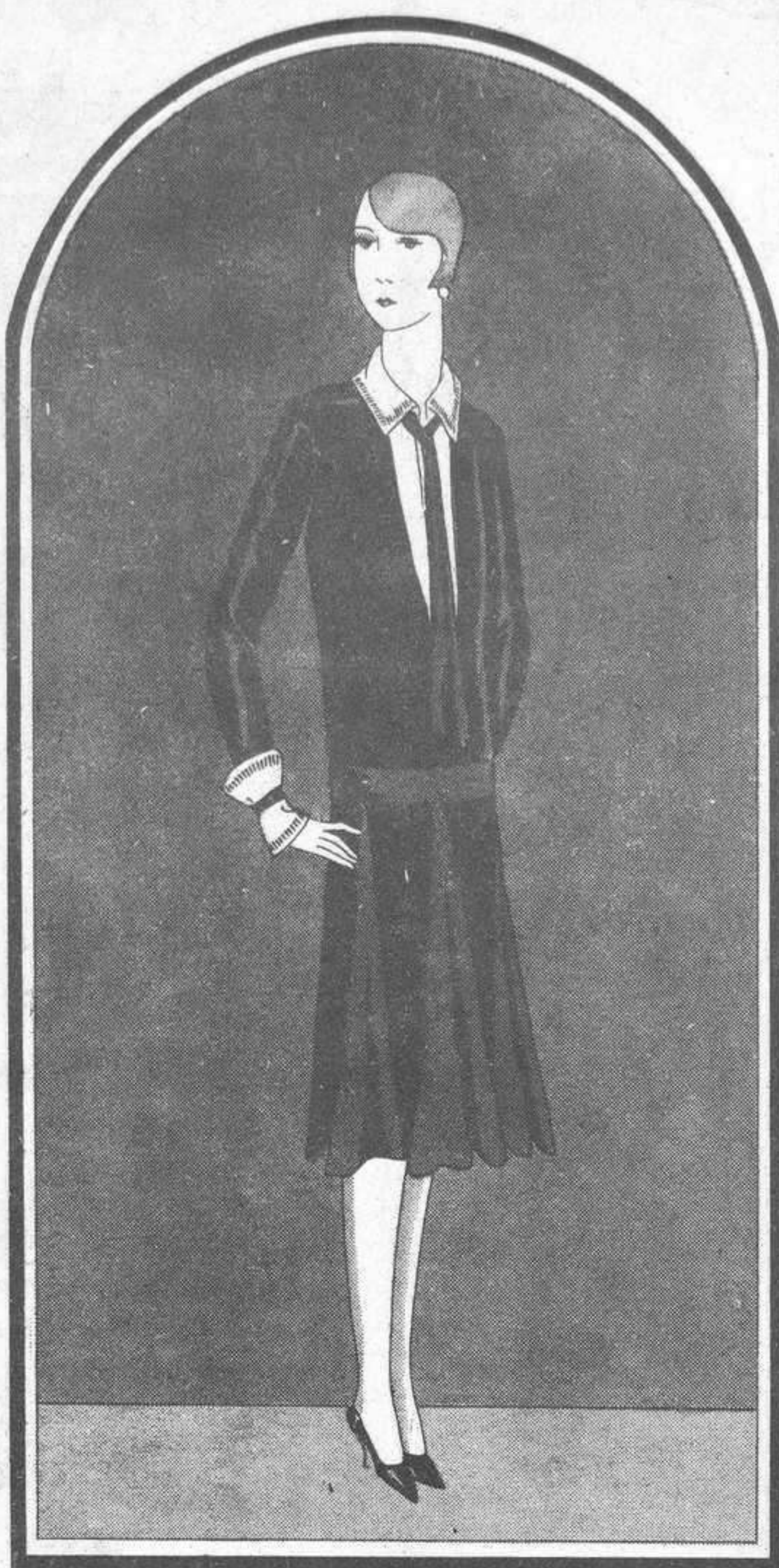
AY en la nueva moda un sin fin de detalles que demuestran un gran ingenio y que completan deliciosamente cada toaleta. ¿Cuántas veces no habremos visto el más sencillo de los vestidos, embellecido, modernizado, por un chal o una echarpe que ponían en él un sello personal? Este año, los modistas, han creado en abundancia lindos *colifichets* y conozco bastante a las parisinas, para saber que enriquecerán este surtido con infinidad de hallazgos nuevos.

Por ejemplo, con los *jumpers* de deportes, la echarpe se ha transformado. Por Dios, no llevéis ya echarpes de crespón de China o de *foulard*,



JANE REGNY

«Dos piezas» de reps verde oscuro; adviértase la forma como van sujetas las tablas de la falda plisada.



REDFERN



NICOLE GROULT



REDFERN

A la izquierda, vestido de «crepe satin», empleado por el lado mate y por el lado brillante. El chalequito, de raso blanco, está bordado de plata. A la derecha, arriba, hermoso efecto de raso blanco, bordeado de raso negro.

Vestido de crespón romano, verde mirto. La espalda, ligeramente plegada, viene a formar, a los lados, una «draperie», bajo unos motivos de esmeraldas y de strass.

Este vestido, también de crespón romano, es verde almendra y se abre sobre un chaleco de encaje de plata. Una ancha jareta de muselina de plata bordea la falda.

sino de kasha o de natté, a anchos cuadros, de un estilo completamente distinto al de las anteriores. También podéis sacar de vuestros cajones la amplia echarpe de punto, que vuelve a estar de moda.

Para adornar los vestidos ligeros, disponemos de incontables fantasías; he aquí, en primer término, la dalmática de Patou: es una prenda recta, de muselina de seda, del mismo color que el vestido y que se lleva debajo del abrigo; luego, los amplios chales cuadrados, de Louise Boulenger: son de muselina de seda lamée o bordada, y sustituyen a los mantones españoles, que tan en boga estuvieron hace unos años. A su vez, Callot lanza el chal de lamée, de crepe satin y oro, en tonos maravillosos y con dibujos hechos por artistas de fama.



REDFERN



DOUCET

GOUPY

NICOLE GROULT

De izquierda a derecha: vestido de crespón de China rojo, con tumber ligeramente ablusado; vestido-bolero de crespón de China «beige», con cuello y puños de encaje negro; vestido de «crepe Georgette» y encaje «beige».

Lucien Lelong ha creado abrigos de noche, de muselina de seda lamée, y Chantal ha imaginado una colección, verdaderamente lindísima, de capas de tul o de muselina de seda; algunas están formadas por una sola capa de tul; en otras, el tul está dispuesto en varias capas de diferentes colores, lo que da lugar a preciosos efectos de colorido.

Tras de estas fantasías vaporosas, viene toda la serie de los escotes. ¿Habéis reparado en el papel principalísimo que representa un escote en el aspecto general de un vestido? Este año, tenemos un surtido de cuellecitos blancos y de chalecos de linón que darán un aspecto gratamente pulcro a nuestros vestidos sencillos. El escote es a veces redondo; otras veces forma un pequeño canesú cuadrado. También es encantadora la idea de la tira recta, de linón o de piqué, que bordea el escote en pico y cruza por delante. Este detalle de fantasía, muy sencillo pero muy elegante, es fácil de variar hasta el infinito.

En cambio, hemos abandonado por completo algunos caprichos que parecía, a principios del invierno, que habían de gustarnos con delirio; entre otros, citaré el de los adornos de cuero; han desaparecido totalmente de las nuevas colecciones y no se ven ya más que algunas blusas de piel de ante muy flexible, para la caza o para el golf. Solamente subsisten las

cinturas que se hacen de piel dorada y piel plateada, combinadas y trenzadas, o de ante mate con incrustaciones de cabritilla, o también de ante liso, haciendo juego con el bolsillo, o, en fin, de lagarto o de serpiente. Esta última piel es también el colmo de la elegancia en los zapatos, y he visto últimamente a una de las mujeres más elegantes de París luciendo zapatos de lagarto negro, bordeados por un tenue galón de antilope.

¿Qué más os he de citar? Las nuevas medias gris sonrosado o topo, que reemplazan a las de color de carne; los collares formados por argollas de oro alargadas; unidas entre sí por granos de ónix o de coral, que hacen juego con las pulseras y reemplazan a los collares de gruesas perlas. Estos, no obstante, siguen en boga, puesto que Chanel los coloca en sus modelos, y sabida es la influencia que ejerce Chanel sobre cualquier bibelot de la moda.

Esta primavera nos reserva aún muchas sorpresas y puede que nos traiga el colifichets que una mujer elegante descubre un día y que, la semana siguiente, queremos todas poseer.

MARTINE RÉNIER.



GOUPY

GOUPY

Conjunto de crespón de China negro y crespón estampado. La blusa es de crespón con dibujos estampados en rojo, negro y marrón, sobre fondo blanco.

LAS ARTISTAS ESPAÑOLAS Y LA ELEGANCIA



Carmen

*Es como un poema de femi-
nidad ideal este vestido tan deli-
ciosamente juvenil, de organdi
azul «Nattier» sobre viso del
mismo color, adornado con rosi-
tas rosas y azules.*

*¡Cuántos aciertos en un solo
vestido! La combinación de ne-
gro con blanco; los bordados
multicolores de la amplia peche-
ra; la forma de las mangas y los
puños; el corte de la falda; la
originalidad del escote, singu-
larmente terminado por una
echarpe larga y estrecha, y, por
encima de todo, la belleza de la
adorable «maniquí».*



*Cual aureola poética, la amplia «cape-
line» de crin maivo, adornada con cintas
del mismo color y rosas rosa pálido, idea-
liza la exquisita belleza de Carmen Car-
bonell, notable damé joven de la compa-
ñía de Margarita Xirgu.*

Carbonell



*¿Feminidad? ¡Bah! ¿Quién
piensa en ella ante la gracia re-
suelta, enérgica, ingenuamente
«garçonniere» de las mujercitas
modernas, cuyo viviente símbolo
aparece insuperablemente encar-
nado en Carmencita Carbonell
con traje de sastrería marrón os-
curo, blusa de camiserero de cre-
pón de China blanco, y, en la
mano, junto con el flexible de
fieltro, el «bastoncito de mando»
de su nuevo prestigio?*

*La fina belleza de Carmen Car-
bonell aparece aquí soberana,
imperial, realzada por este ves-
tido de noche de terciopelo gris-
azul, bordado con abalorios, y
con dos colas forradas de «ful-
gurante» rosa pálido.*

Fotos hechas expresamente para MUJER por WALKEN.



Foto. MANUEL FRERES.

SIGUE TRIUNFANDO EL SOMBRERO PEQUEÑO



LEWIS

Mlle. Heribel, la conocida artista francesa cinematográfica, consagra la moda de las boinas. El modelo que luce aquí es de terciopelo negro, con un «bandeau» de cuero dorado y dos agujas de perlas.

De estos dos sombreros, uno es de fieltro «beige», levantado por delante y adornado con cinta del mismo color, y el otro, no menos fácil de llevar que el primero, es de paja color crudo, realzado por unos motivos de estrechas cintas rojas, verdes y azul marino.





Este sombrero tiene una gracia muy parisina; la parte superior de la copa es de «gros-grain», marrón y «belge»; el ala, levantada por detrás y por delante, resulta a la vez encantadora y sencilla; el motivo está hecho con cinta plisada en un tono algo más claro.



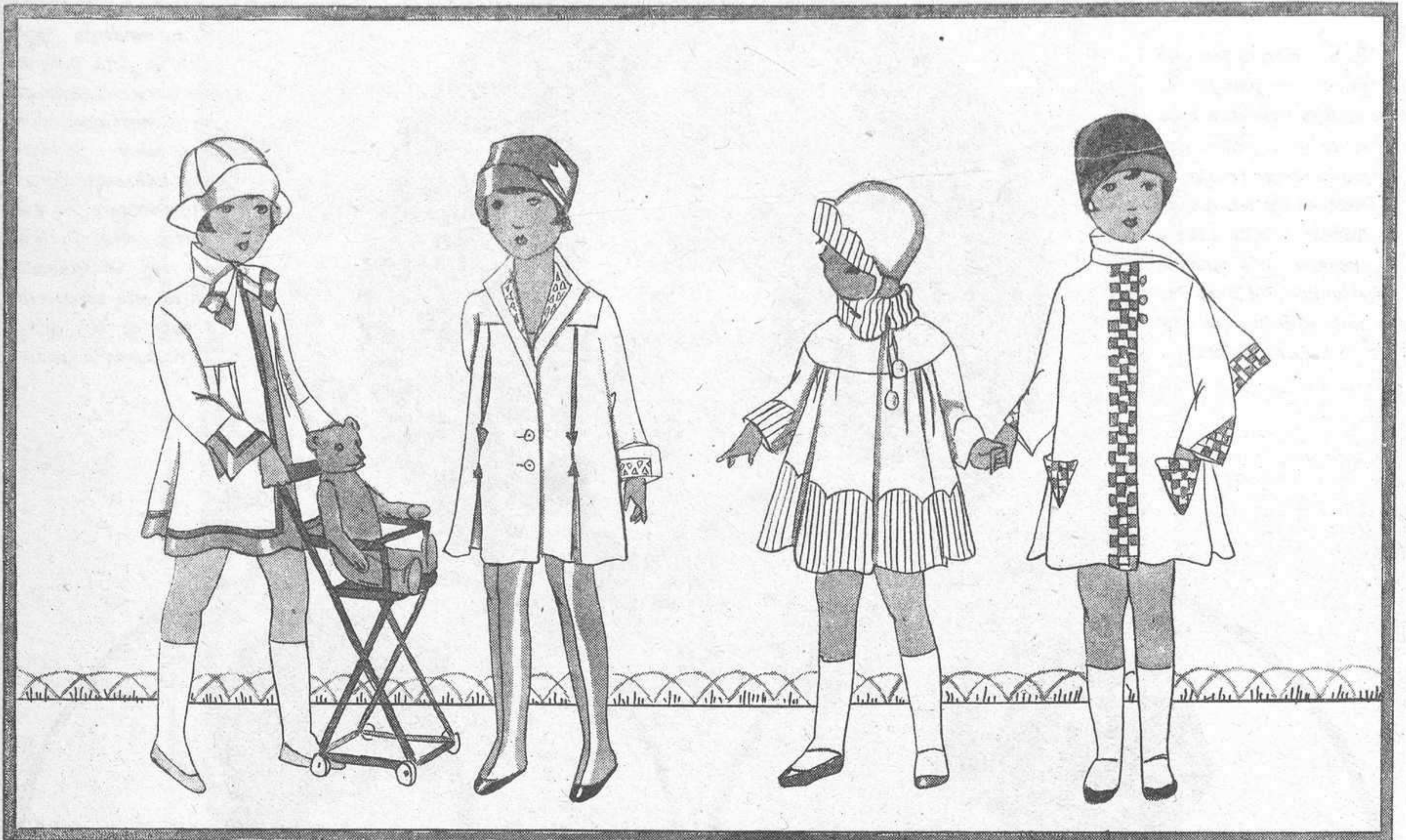
A la izquierda, sombrero de paja bengala rojo oscuro, adornado con un encantador motivo de nácar y de cinta que simula estar prendido al sombrero por una estrecha cinta rojo oscuro y rosa. La originalidad de este sombrerito consiste en el plegado artístico de la copa.



No son solamente los sombreros de fieltro los que llevan la copa plegada. Este —a la derecha— es de paja de seda que se presta admirablemente a un delicioso efecto de plegado, que atraviesan dos plumas de fantasía.



En este sombrero se combinan la paja y el fieltro. Es de fieltro negro, bordado de paja brillante, negra, y lo adorna, a un lado, un motivo redondo de la misma paja.



¡Qué fácil es, actualmente, de vestir bien a los niños! Hallaréis aquí algunos lindos modelos. Arriba, de izquierda a derecha: abrigo de terciopelo «beige» bordado por tiras, en «beige» y marrón. Abrigo de reps verde y crespón estampado con tablas huecas sujetas por abispa bordada. Otro abrigo de crespón marocain, palo de rosa, con un borde de plieguecitos respunteados y un cuello anudado; y, por último, abrigo de terciopelo de lana, azul pastel con cintas de «gros-grain» algo más oscuro, trenzadas.



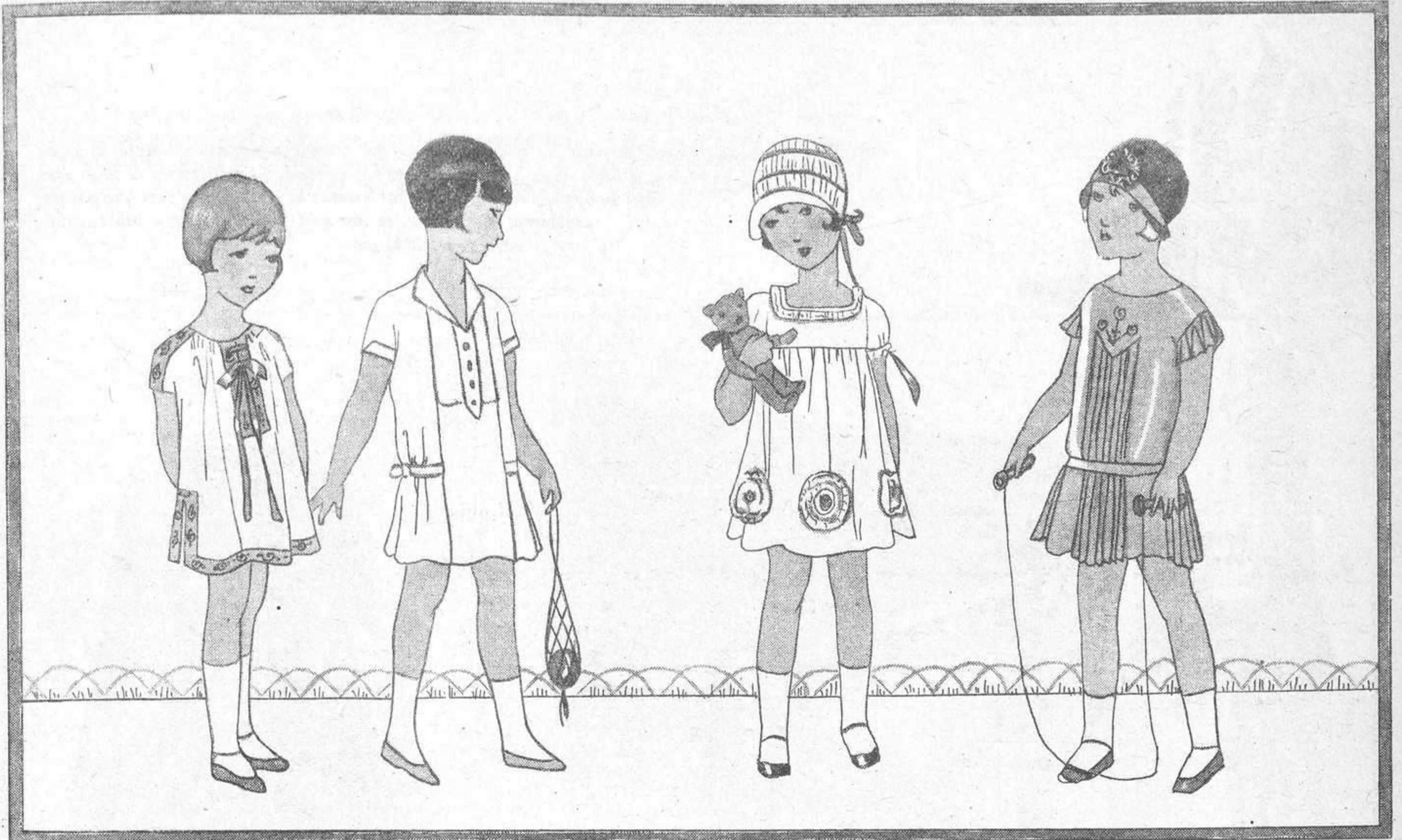
Abajo, vestido de niña, de kasha amarillo, adornado en el cuello y en la cintura con múltiples botones de la misma tela.



Este gabancito de niño que, aún sin ir acompañado por la ancha gorra, hace ya de por sí, muy «sport», es de covercoat «beige», tejido muy resistente y que suele, por lo mismo, ser muy del agrado de las mamás.

Este abrigo, algo más de vestir que el anterior, es de ratina azul marino. Unos botones, idénticos a los del delantero, adornan las mangas.

Infantil



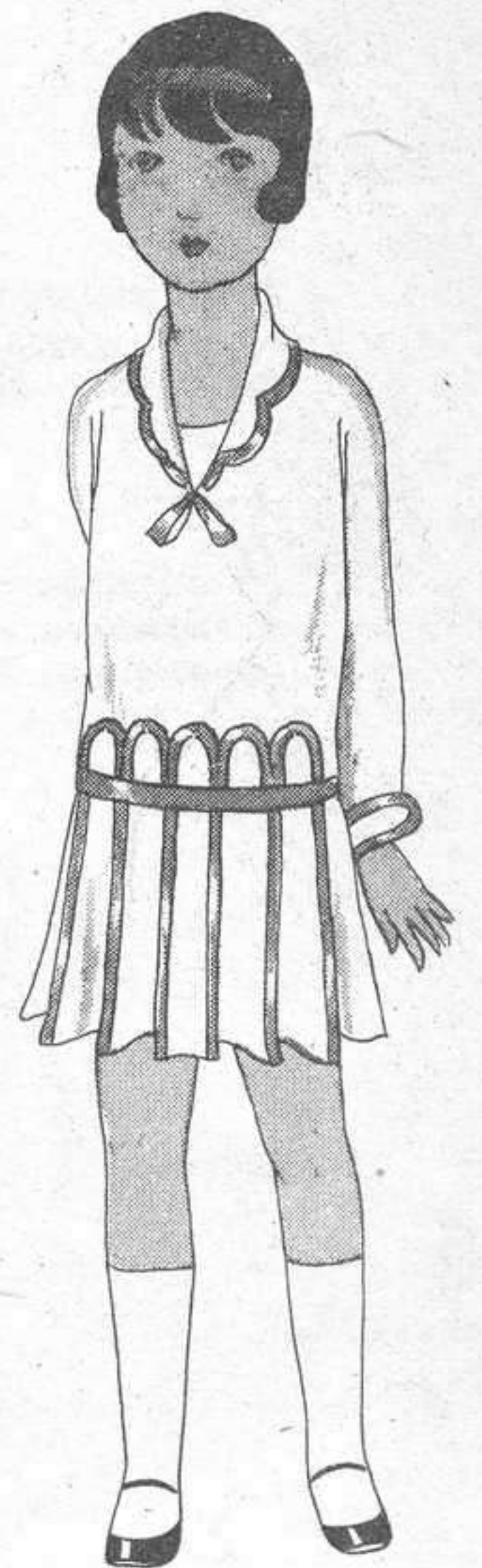
He aquí algunos graciosos vestiditos: el primero es de crespón blanco y azul con lindos dibujos bordados; el segundo, de «toile» de seda blanca, con unos vivos y una hevilla, rojos. El tercero es de «crepe Georgette» blanco; los preciosos motivos que lo adornan están bordados con un estrecho encaje de oro, y llevan en el centro, una rosita. Un delicado bordado en el canesú y unos efectos de plisados encantadores caracterizan el último vestido que es de crespón color palo de rosa.



Gracioso empleo de una tela listada; el cuello, las carteras y los bolsillos, son de crespón blanco, con un volanti- to encañonado.



Abajo, trajecito «beige» claro, re- alzado por unos vivos verde ver- ones.

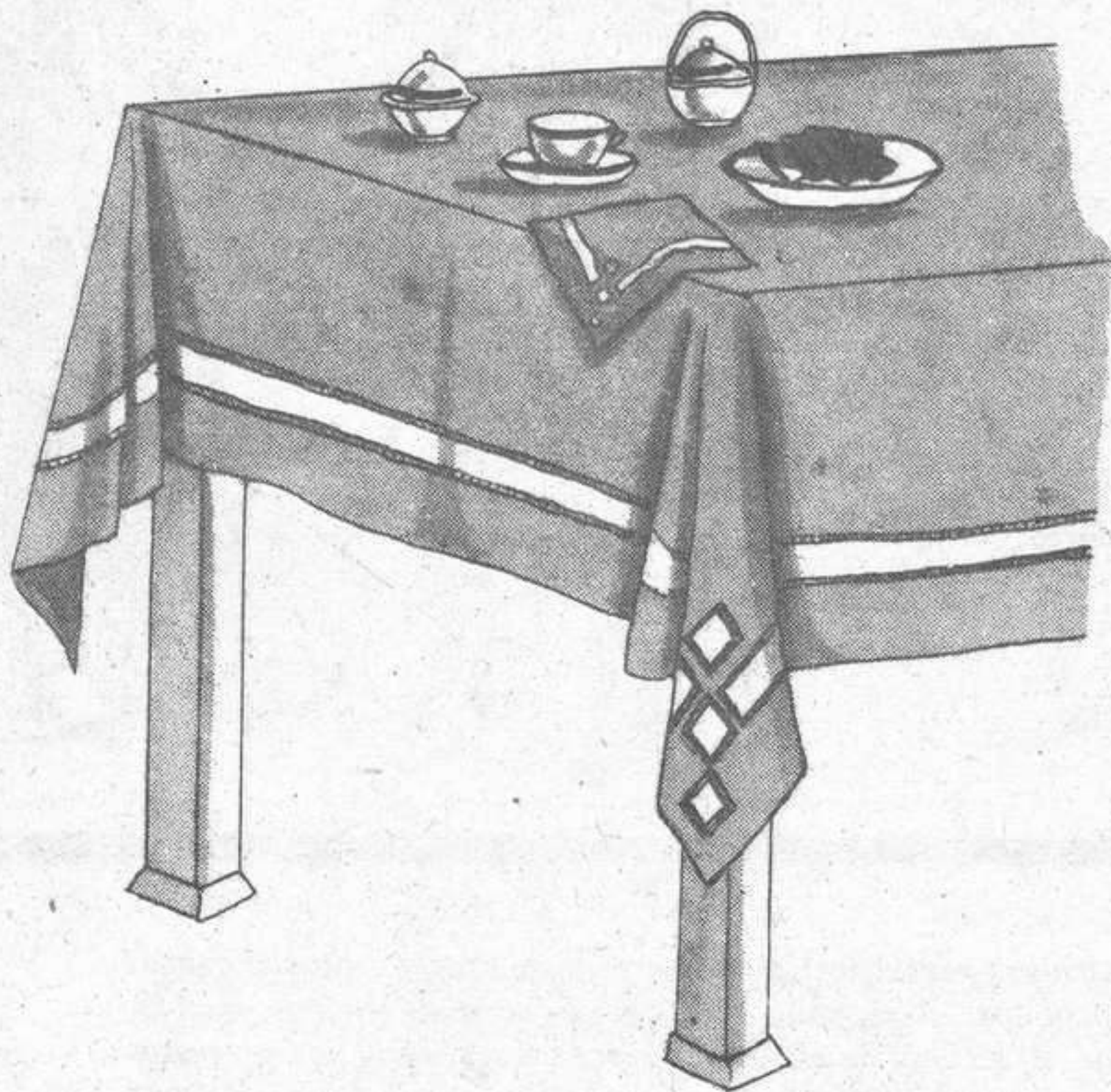


También la moda infantil tiene sus «dos piezas»; este es color palo de rosa, con un cuellecito blanco. El bor- dado es en tres tonos: blanco, marrón y rosa.

La Mesa

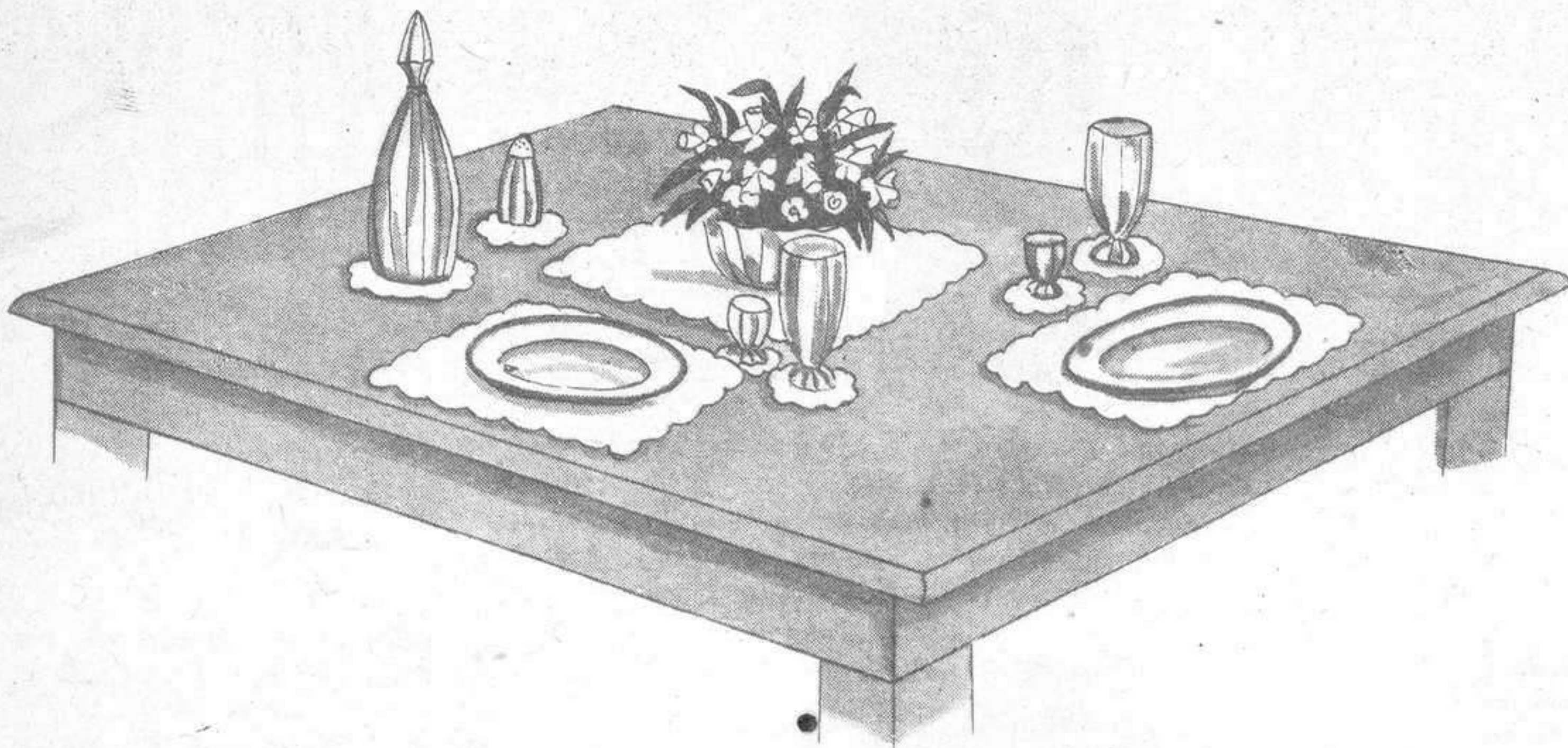


La ropa de casa, hermosa, es un lujo refinado que entusiasma a muchas mujeres, y que se presta, actualmente, a toda suerte de variaciones. La mantelería de color está muy en boga, y conviene admirablemente lo mismo para el té que para el almuerzo; este mantel es naranja, con una franja blanca, subrayada por vainicas.



El delantal de la doncella, adornado con calados, resulta sencillo y elegante; los tirantes se anudan por detrás; la pequeña «ruche», blanca, sobre la frente, es de muy buen tono.

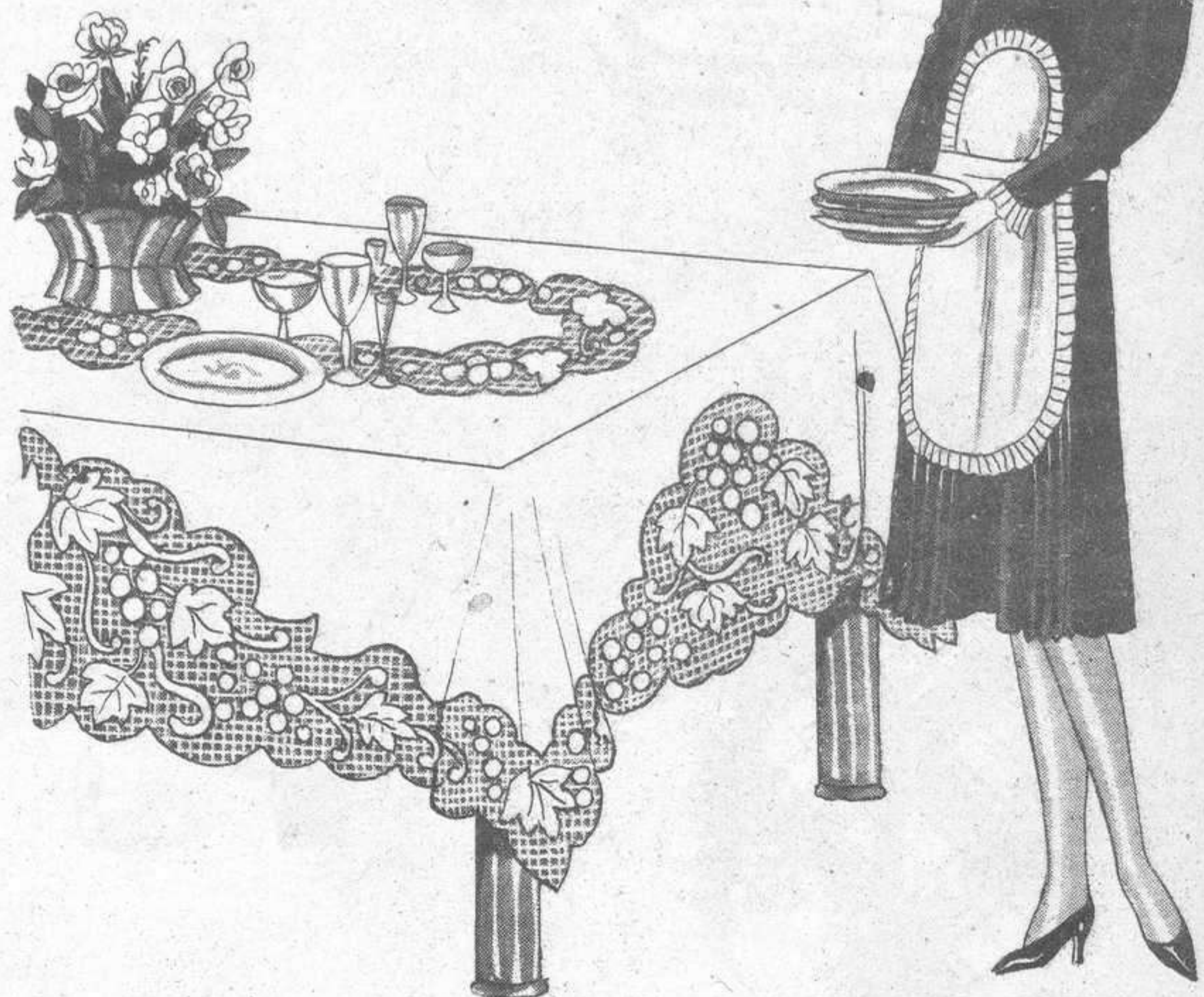
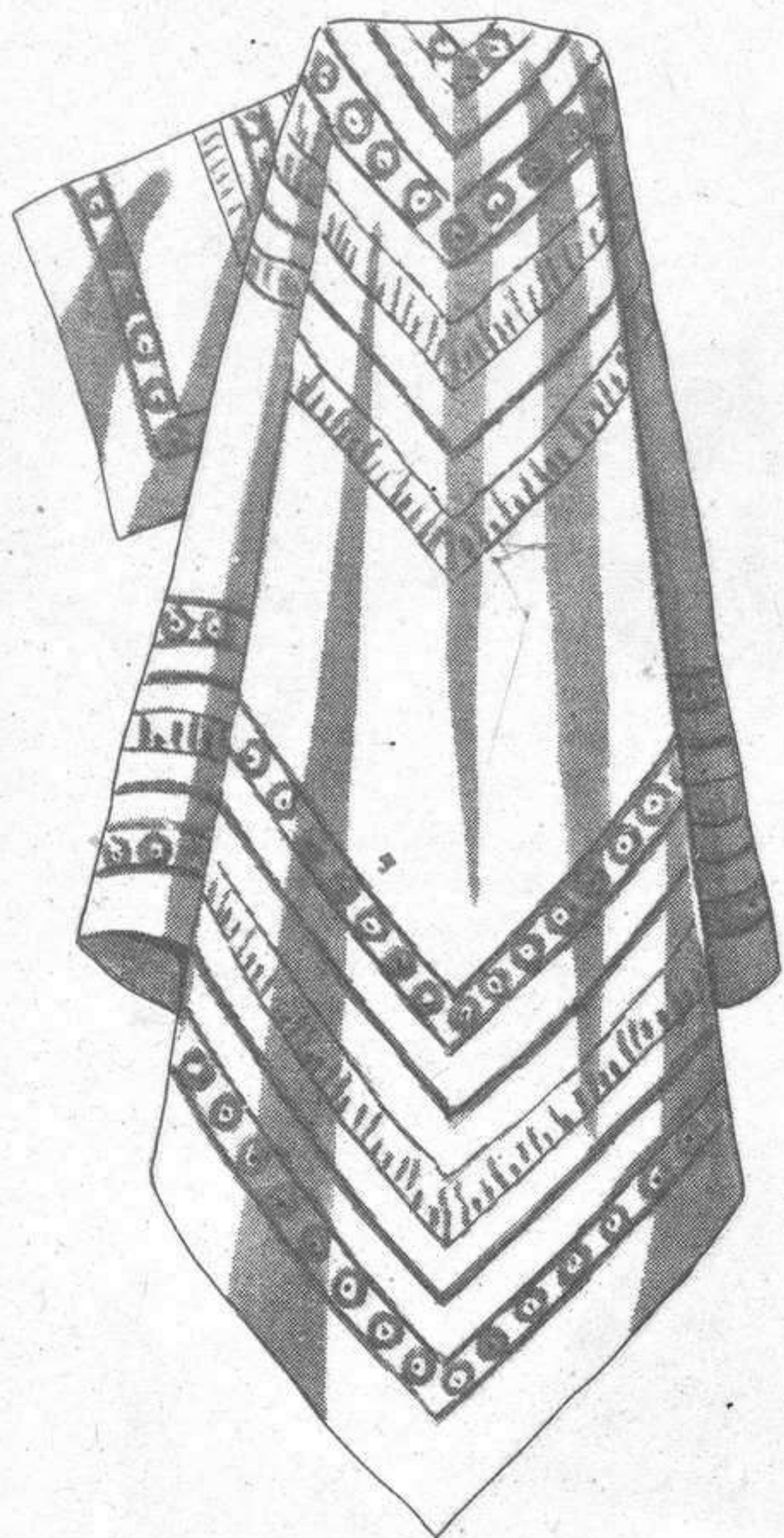
Para el almuerzo, muchas amas de casa prefieren una serie de mantelillos, colocados sobre la mesa encerada, a un mantel grande. Esta fantasía es encantadora y económica, pero requiere un cuidado constante de la mesa.



Se hacen en estos momentos manteles de crespón estampado en tonos vivos, que son fáciles de lavar en casa. Este es rojo, con una ancha cenefa de flores sobre fondo blanco.

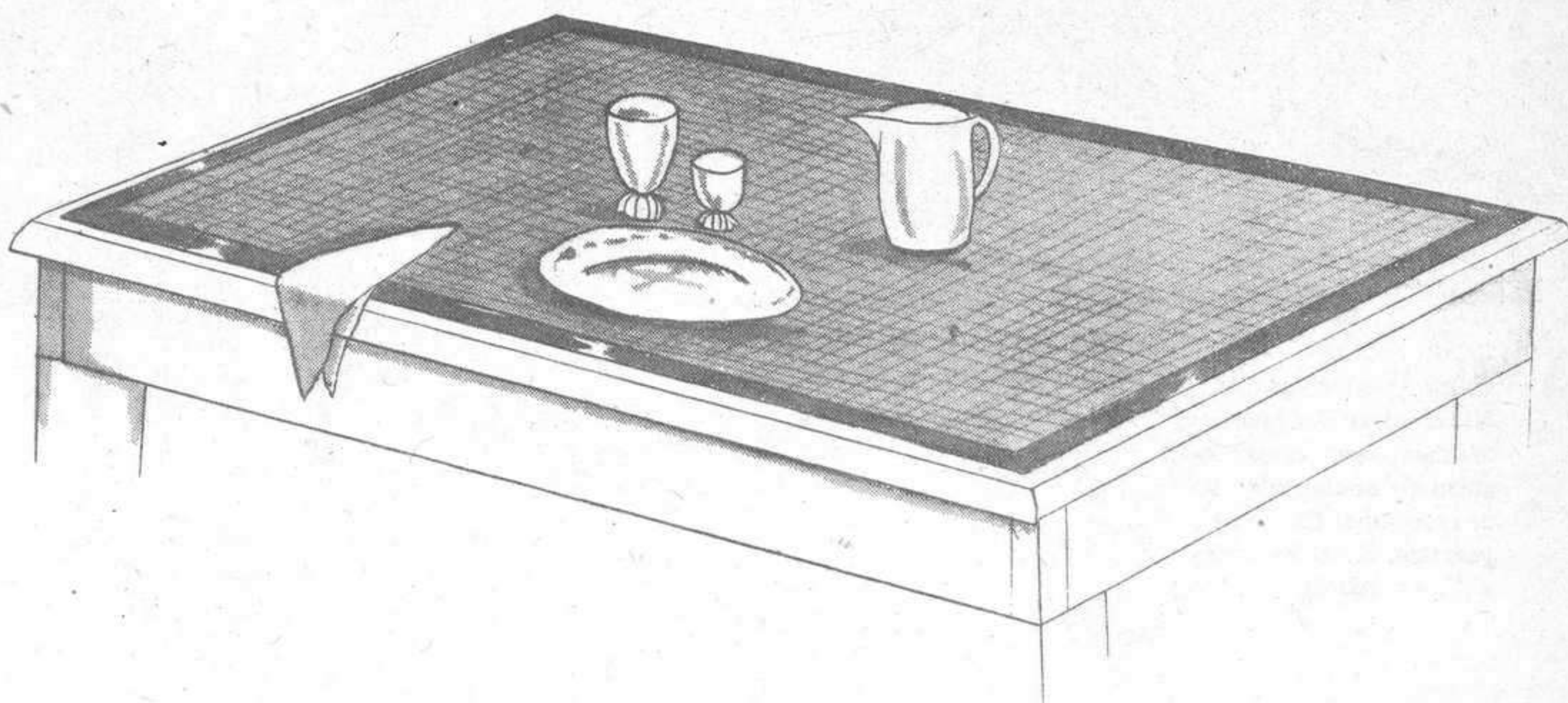


Los encajes de «fils-tirés» constituyen un lujo delicadísimo. Maravilloso ejemplo de los efectos que se pueden lograr con esta labor, es este mantel, en cuyo centro está bordado un ancho motivo en forma de mantelillo; la moda de estos motivos ha hecho suprimir los caminos de mesa; debo añadir que éstos eran más prácticos que aquéllos.

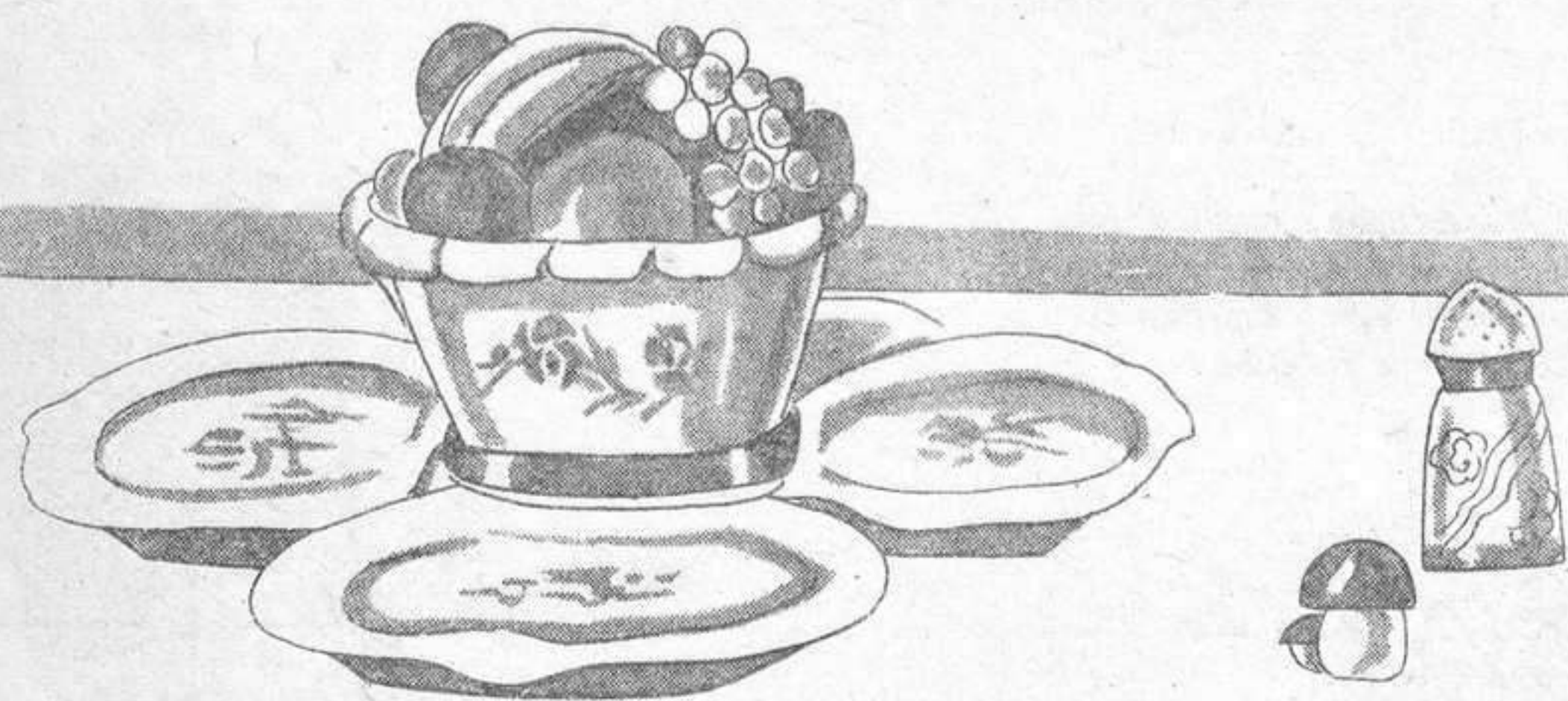


Este minúsculo delantalito de doncella está orlado por un volante plisado, que hace juego con el de la diadema. Inútil añadir que el uniforme debe ser de sarga negra.

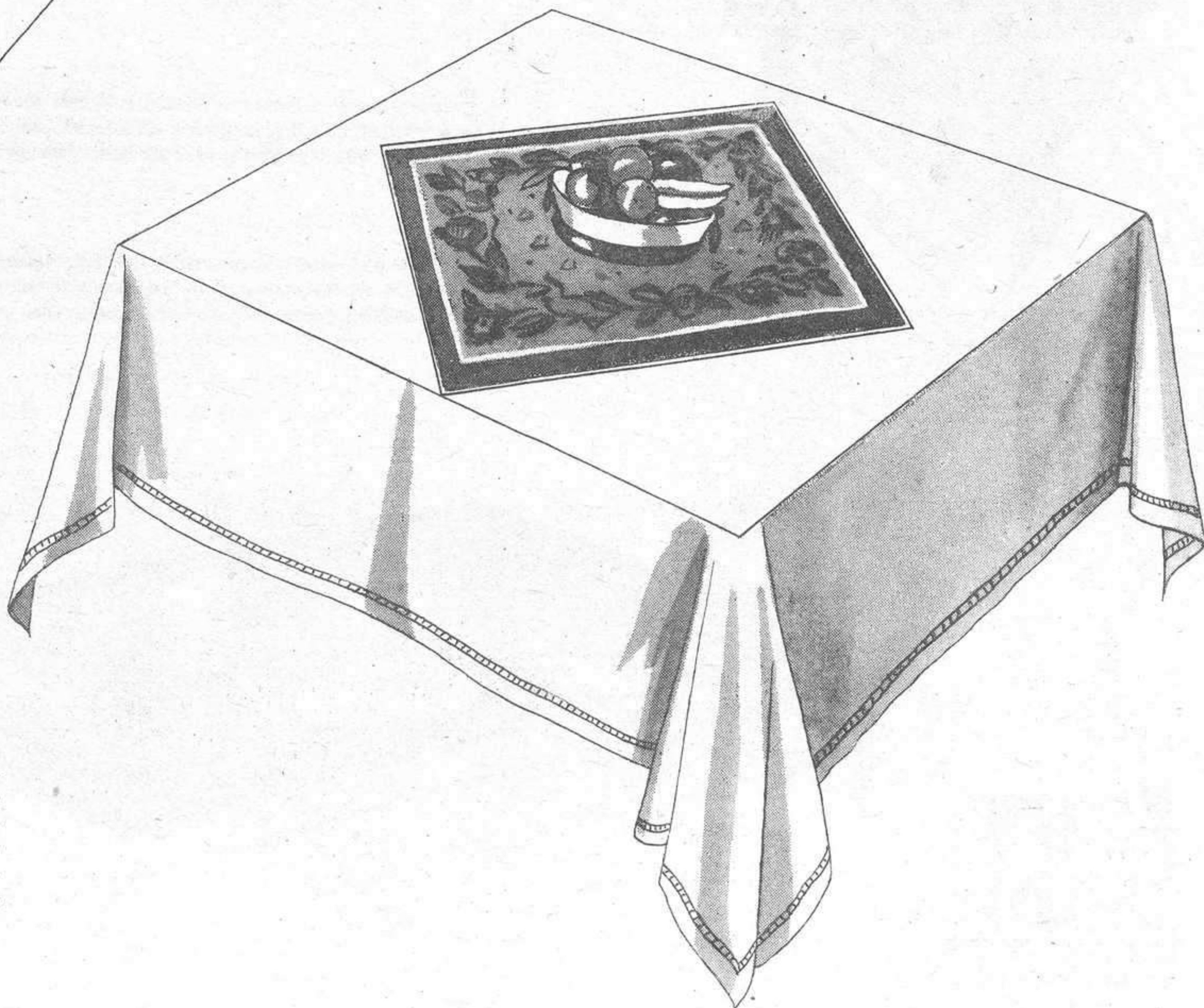
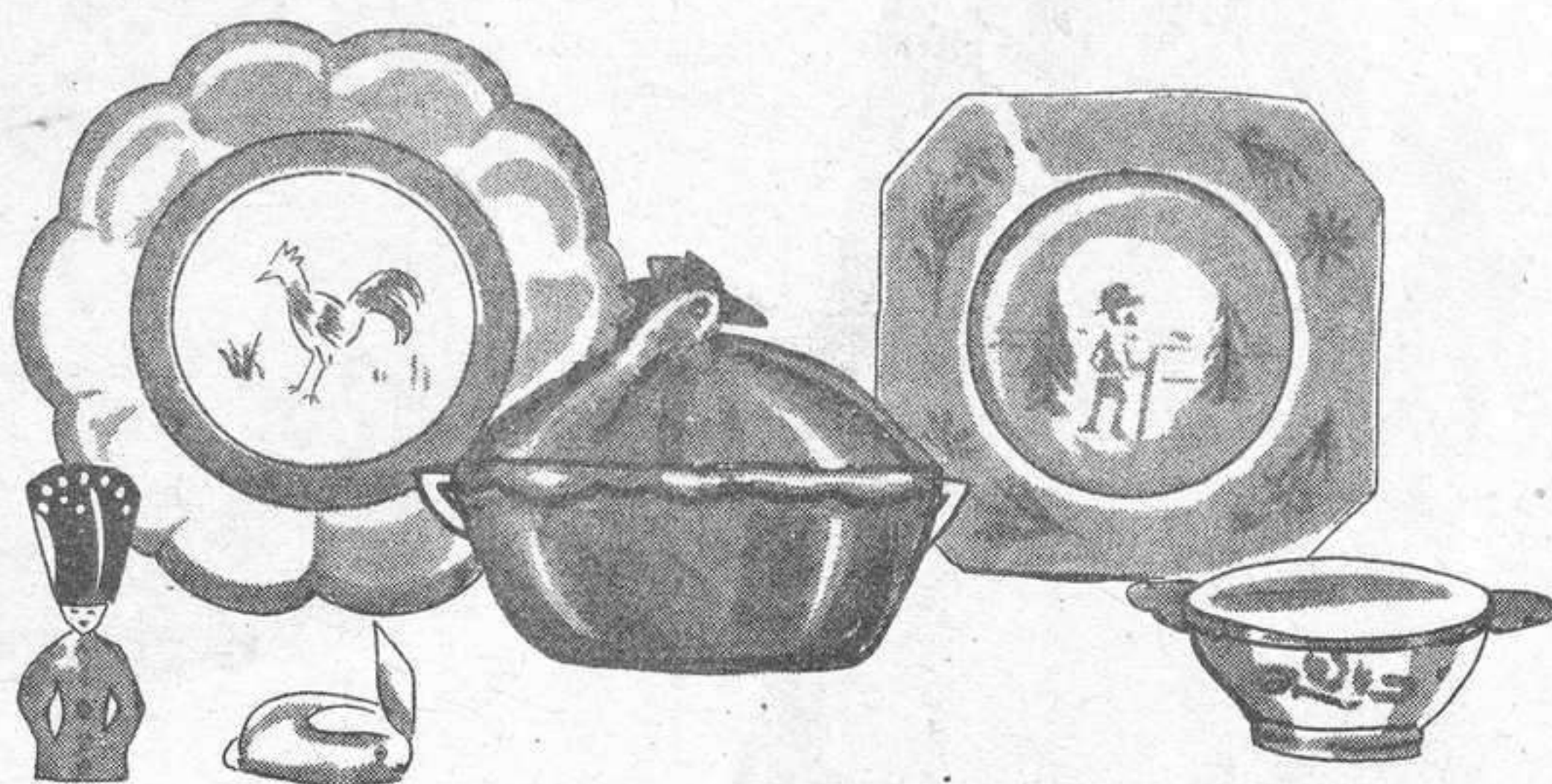
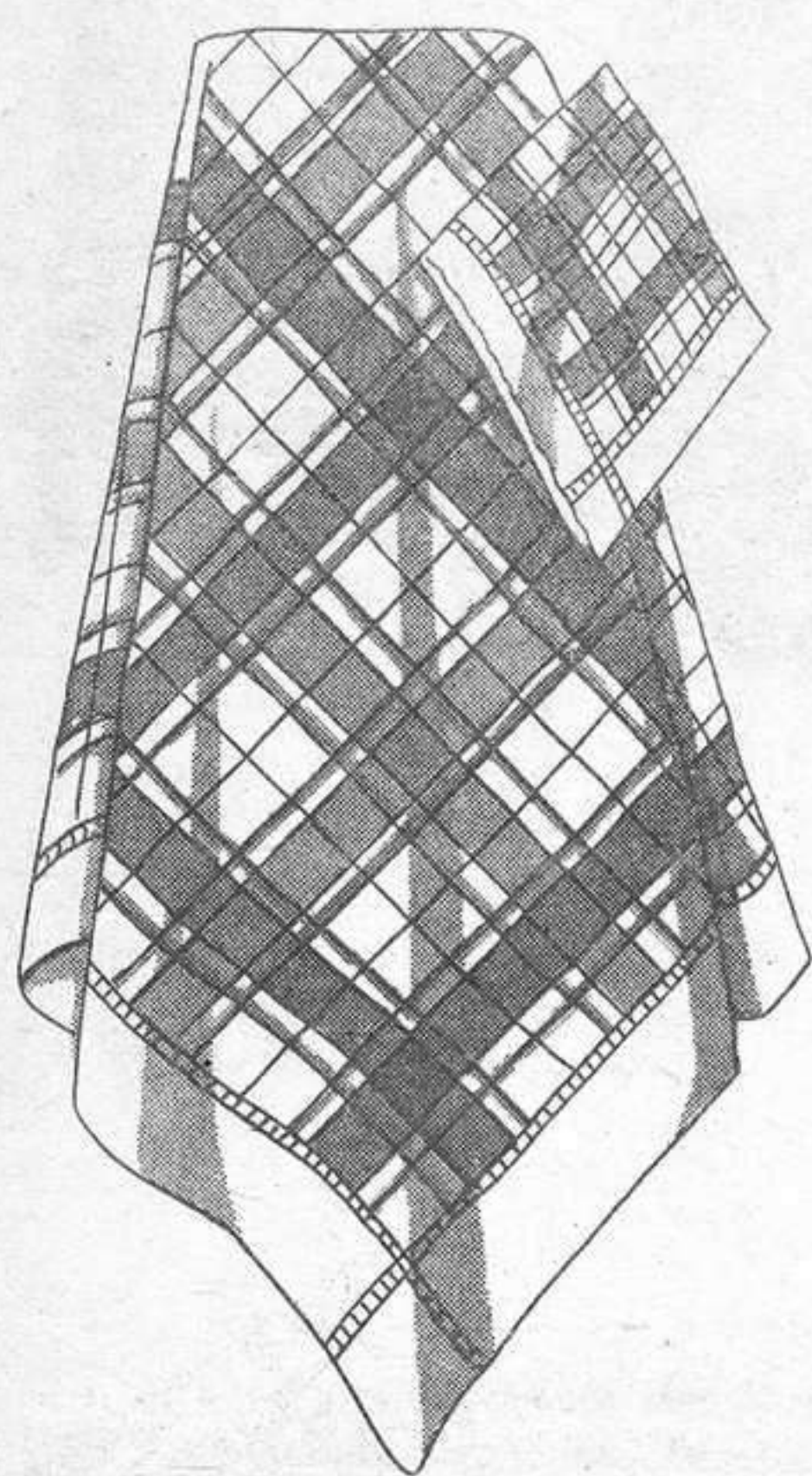
He aquí una novedad que sustituye ventajosamente al horrible hule, para el desayuno o para las mesas de la nursery. Es una estera de Madagascar, ribeteada con un grueso galón lavable.



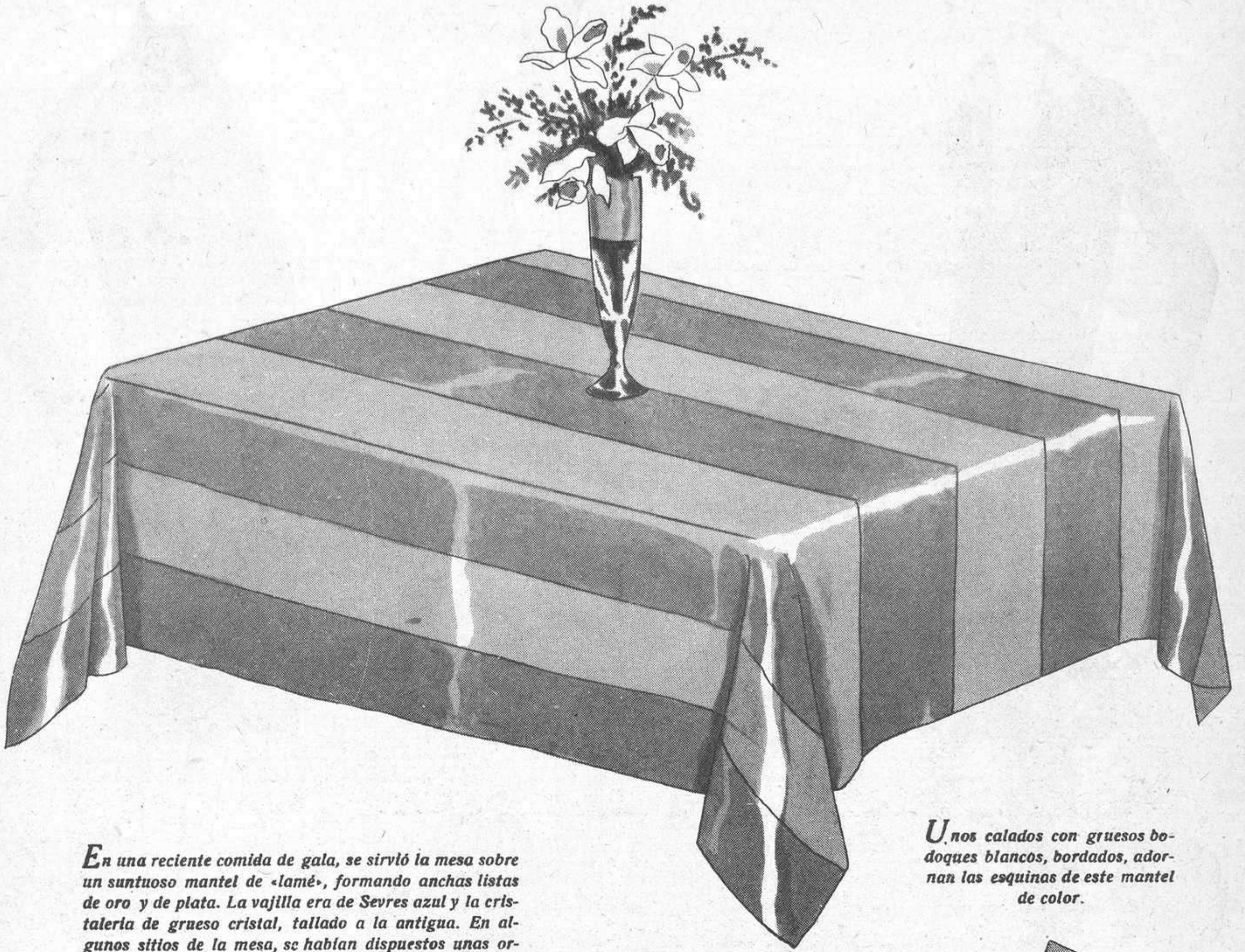
Mantel de fantasía de «voile» estampado; el fondo es blanco y los dibujos amarillos; el efecto de este mantel es bonito, sobre todo cuando se utiliza con una vajilla que haga juego con estos colores.



A la izquierda, servicio de postre, que forma un «surtout» y que se coloca sobre la mesa desde el principio de la comida. Es de porcelana de Nevers. Abajo, vajilla de campo, que está actualmente muy en favor en los comedores de estilo rústico, con sus saleros originales y su ensaladera de terracota. Al lado, el mantel de grandes cuadros, amarillos y azules, que corresponde a estas fantasías campestres.

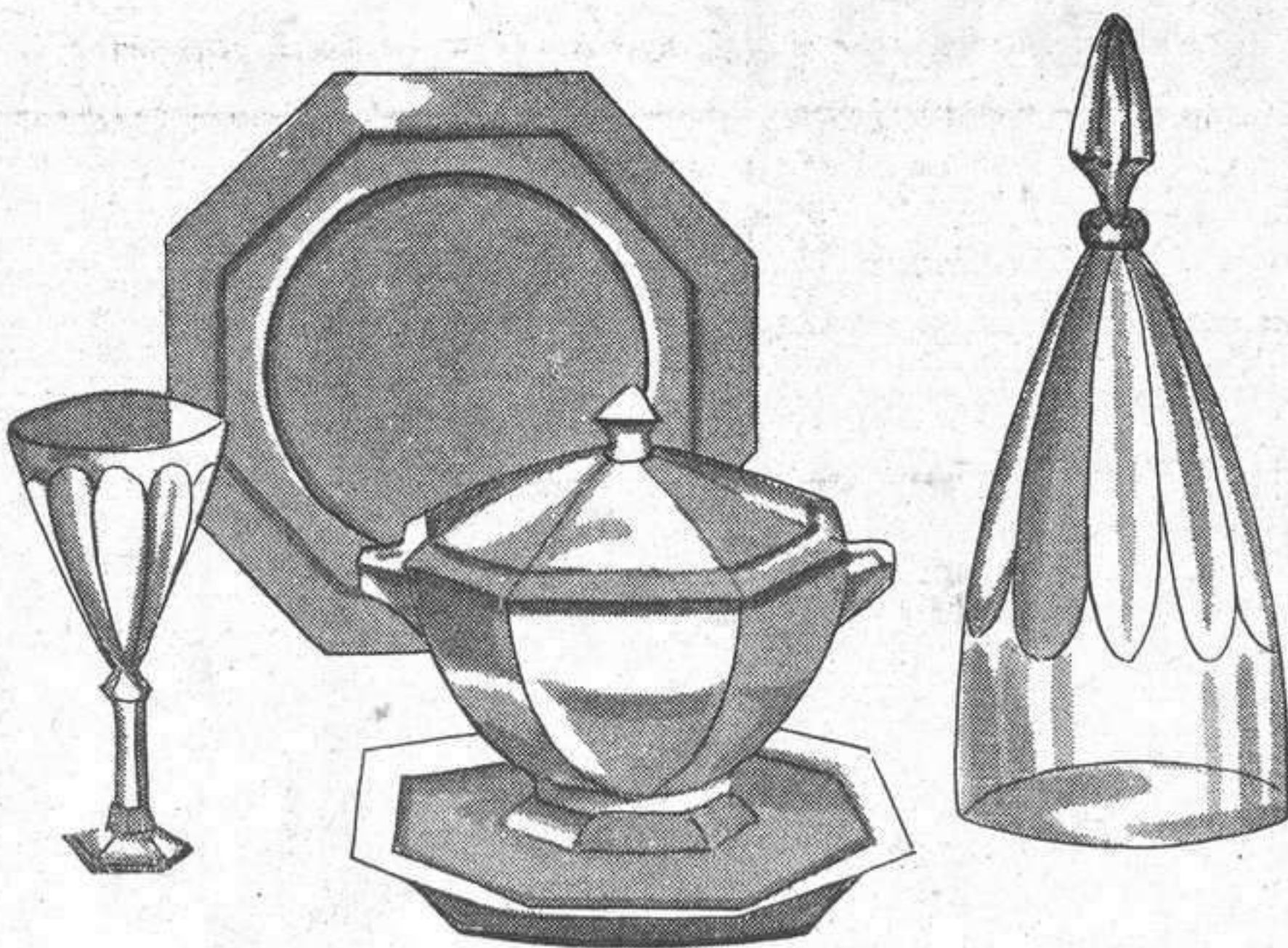


Una ama de casa acaba de tener la idea de utilizar como centro de mesa un ancho pañuelo de crespón de China abigarrado, del color de la vajilla.



En una reciente comida de gala, se sirvió la mesa sobre un suntuoso mantel de «lamé», formando anchas listas de oro y de plata. La vajilla era de Sevres azul y la cristalería de grueso cristal, tallado a la antigua. En algunos sitios de la mesa, se habían dispuestos unas orquídeas.

Unos calados con gruesos budoques blancos, bordados, adornan las esquinas de este mantel de color.



Gustan mucho ahora estas bonitas vajillas de un blanco crema, con los platos octogonales. La cristalería moderna es muy graciosa de forma, y se utilizan mucho los vasos trisados, que recuerdan a los hermosos vasos de Murano.





ABRIGOS

Arriba, de izquierda a derecha: abrigo de reps de seda marrón realzado por un cuello de petit-gris, y abrigo, muy nuevo, de tafetán «beige», subrayado por pespuntos del mismo color. El tercer modelo es un abrigo de viaje de tejido escocés, con los bolsillos y el cuello de ante marrón.

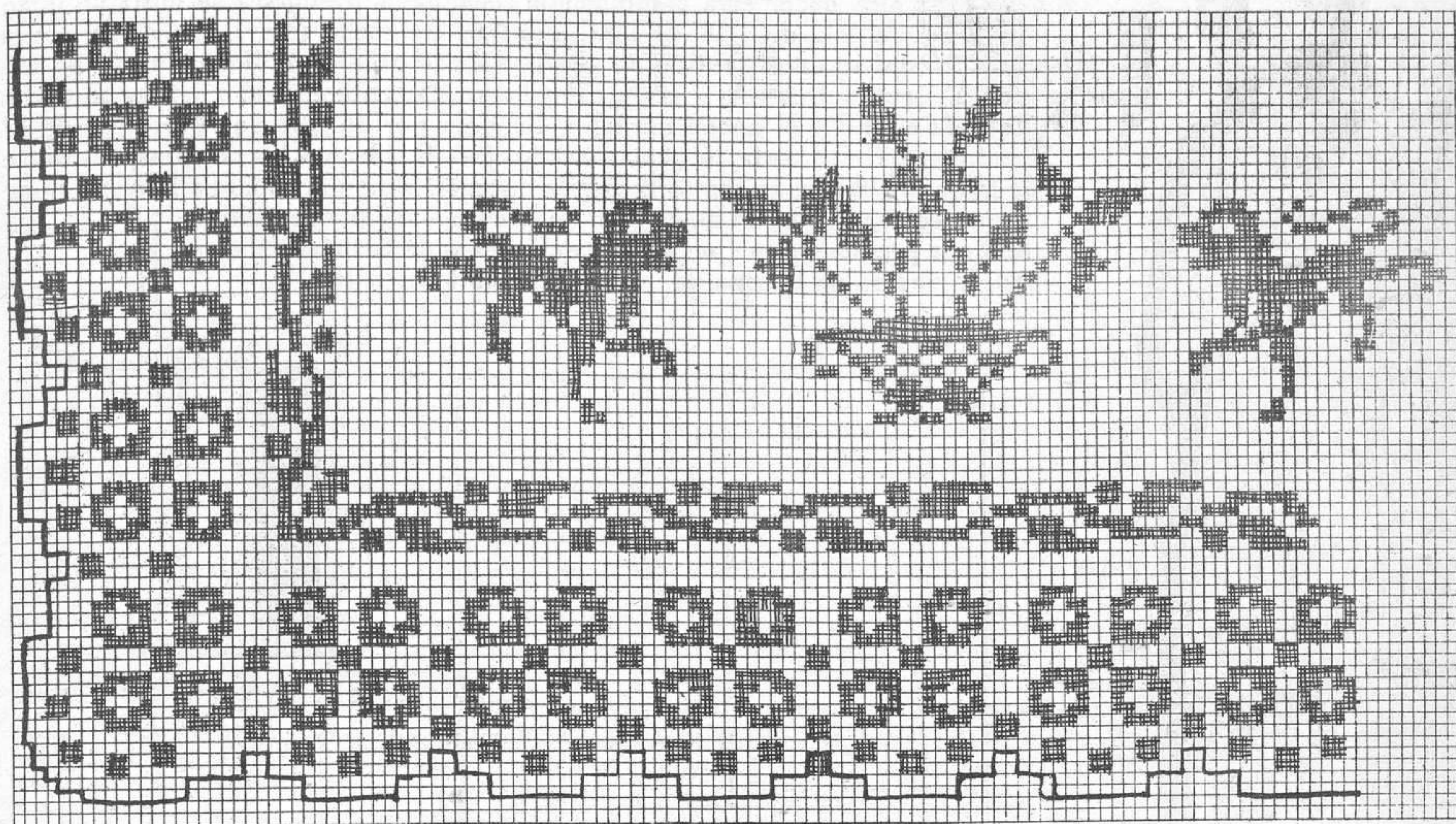


Abajo, a la izquierda: abrigo de vestir de crespón «beige» con una franja de «renard» del mismo tono en su parte inferior y en las bocamangas. A la derecha, abrigo de deportes, amplio por detrás, de grueso tejido color avellana, forrado de tela a anchos cuadros.





PAÑO DE MALLA BORDADA PARA AUTOMÓVIL O DIVÁN



UEDE hacerse sobre malla natural o sobre malla mecánica; la primera es más bonita, pero de mucho más trabajo; la segunda da también buen resultado y se puede conseguir con ella efectos muy bonitos.

El bordado puede hacerse a punto de zurzido hecho

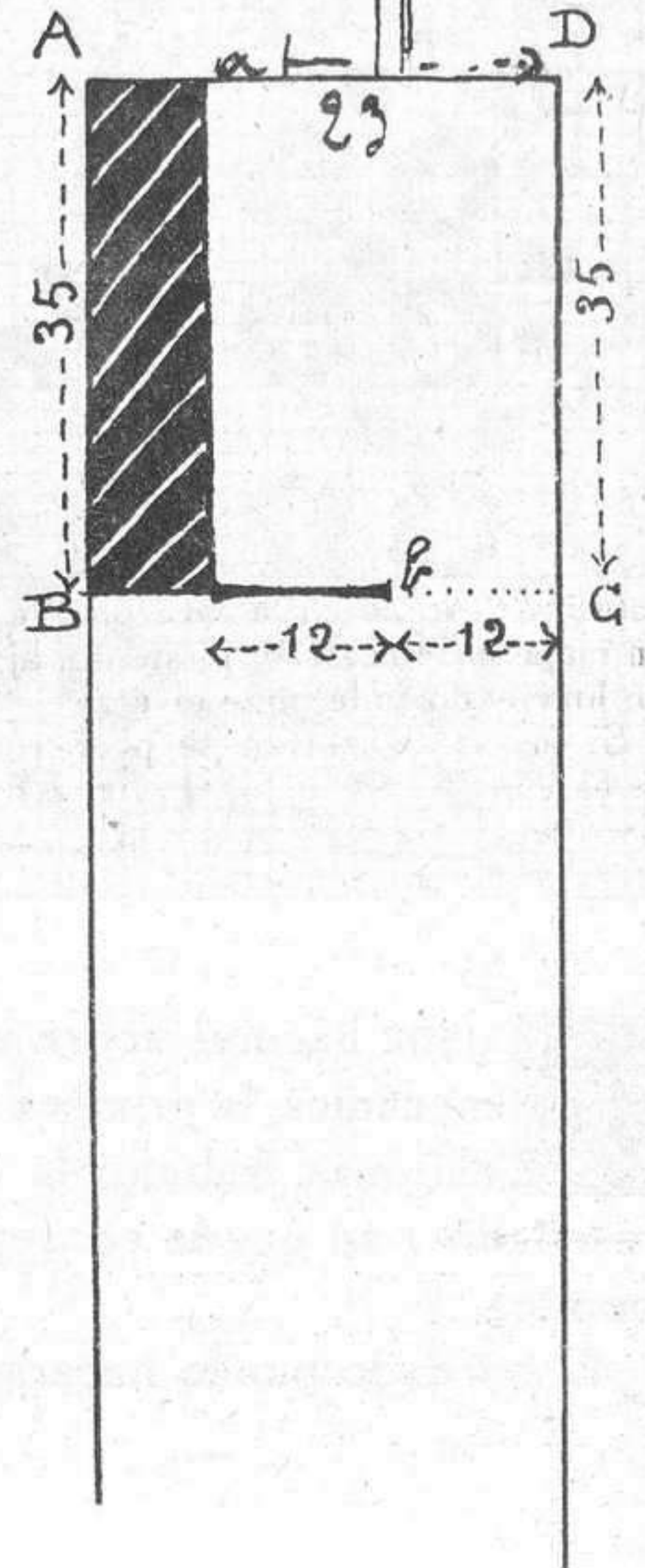
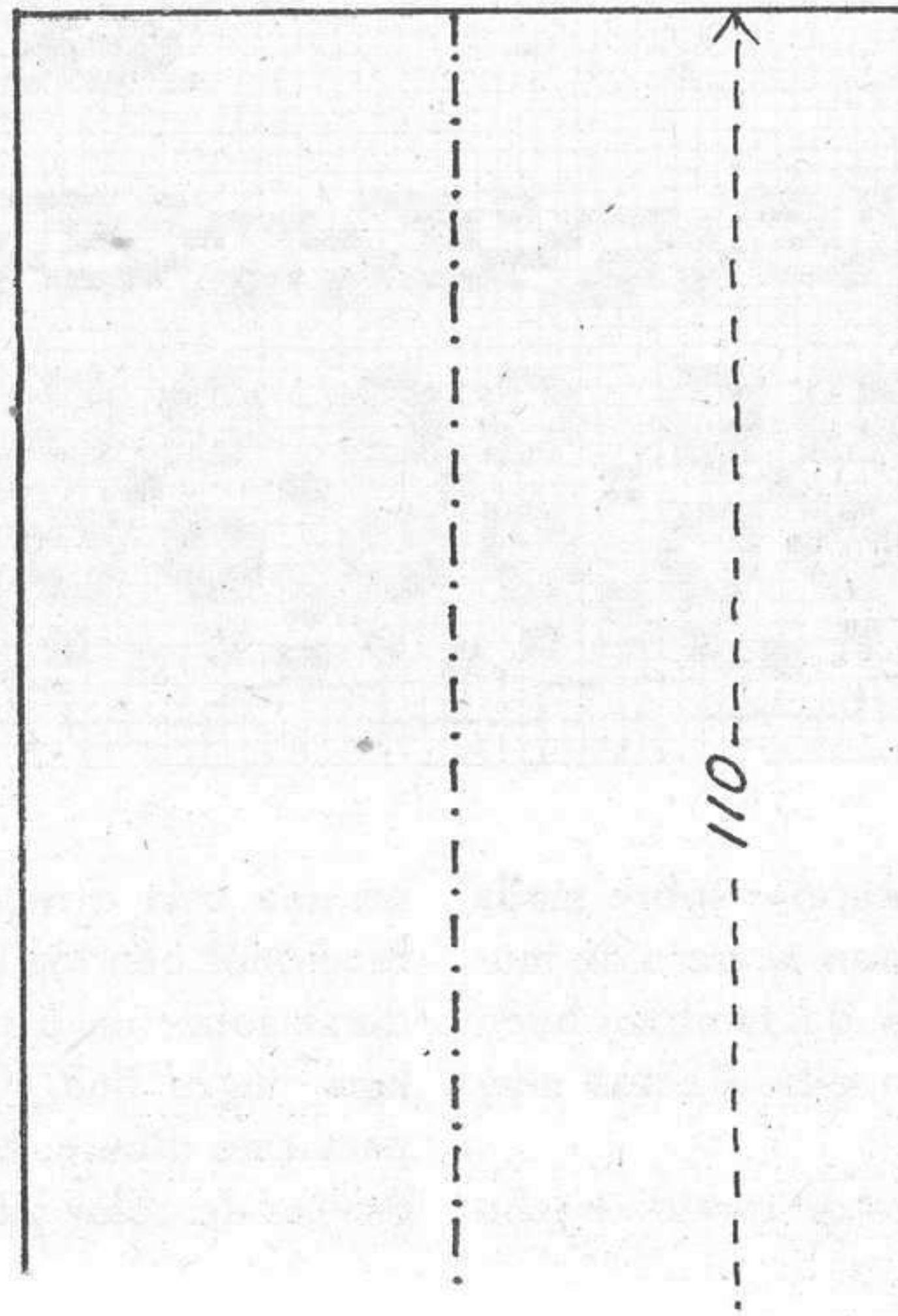
en una sola dirección, o a punto de tejido en dos direcciones con los hilos cruzados. También puede bordarse sobre un lienzo muy grueso, a punto cruzado con lana negra fina. Otro procedimiento, muy indicado para este dibujo, es el crochet imitando malla con hilo grueso de color garbanzo.

LA COSTURA EN CASA

UNA COMBINACIÓN



PARA hacer esta combinación (enagua-cubre-corsé) se corta un trozo de tela de 1,10 de largo por 0,65 de ancho (fig. 1); se dobla por la mitad en el sentido de altura, a fin de obtener la línea central. Se miden 55 centímetros : A — B (fig. 2) y luego 25 centímetros : a — D, y se corta. Esto da el alto y el ancho del talle. Se deja por delante una parte lisa de 12 centímetros y se corta lo demás al hilo; b — B. Hechas las costuras, se frunce la falda al cuerpo; se repite la misma operación para la espalda. Para las hombreras se coge un trozo de cinta, o de encaje—según sea el adorno de la prenda—, y se pega a 11 centímetros de la línea del centro, lo mismo en la espalda que en el delantero.



MENÚ Y RECETAS

1.º **ALMUERZO.**—*Huevos astures.*—*Pescadilla o merluza con arroz.*—*Lengua rellena con huevo.*—*Legumbres con mantequilla.*—*Quesos y frutas.*

Huevos astures.—Se cortan unos filetes de jamón redonditos y de un grueso regular, que se aplanan con el mazo y se cuecen un poquito con leche. Una vez cocidos se escurren y frien, enharinados, cuando se hayan enfriado por completo.

De que estén medio fritos en aceite, se van colocando uno en cada platillo de los que se usan para huevos al plato. Sobre el filete de jamón se va echando en cada recipiente una cucharada de salsa de tomates, y sobre ésta se parte un huevo fresco. Después que estén todos preparados se colocan en una lata entrándolos en el horno, que debe estar fuerte, para que se cuajen y al servirlos, cuando están duras las claras y blandas las yemas, se ponen en una bandeja sobre una servilleta.

Pescadilla o merluza con arroz.—Si son pescadillas pequeñas se arreglan enteras; si fuesen grandes, o merluza, se parten en trozos.

Una vez limpio y preparado el pescado se enharina y fríe en aceite, apartándolo en una cacerola, conforme se va friendo. Después en un poco del aceite sobrante de freírlo, se marea una cebolla, tomate del tiempo o de lata y pimienta, si lo hubiese. Se vierte esto sobre el pescado en la cacerola, añadiéndole agua para que cueza y un majado de azafrán, pimienta, ajo y perejil, y así que esté el caldo hirviendo se le pone el arroz.

Si en vez de azafrán se prefiere el pimentón, se echa un polvito de éste en la sartén al terminar de freír el tomate, cebolla y pimienta, deshaciéndolo con agua cuando se comprenda que está frito, y evitar que se queme.

Lengua rellena con huevo.—Se toma una lengua de ternera, a la que se le introduce el cuchillo por la parte de atrás, y a todo lo largo, formando de este modo una especie de bolsa, sin sacar el cuchillo por la punta, para que la bolsa quede cerrada. Después se ensancha cuanto sea posible el agujero, sin romper la lengua, y en el hueco que resulte se introducen huevos duros enteros y pedacitos de jamón, que pueden llevar algún filetillo de tocino entresado.

Hecho esto se ata y pone en la cacerola con manteca, cebolla, ajos enteros, perejil, laurel y vino blanco. Se deja rehogar un poco y luego se le añade agua, apartándola cuando esté blanda. Al servir se le vierte la salsa por encima, colándola antes.

Legumbres con mantequilla.—Se cuecen muy picadas en agua con sal, rehogándolas luego en mantequilla, y sirviéndolas adornadas de picatostes.

COMIDA.—*Sopa de gallina con vino.*—*Empanadas turcas.*—*Besugo con patatas.*—*Pastel de huevos.*

Sopa de gallina con vino.—Se cuece un trozo de gallina en agua con sal y unas rebanadas de cebolla. Cuando esté cocida se aparta el caldo, se desengrasa cuando esté frío. En esta grasa que se le quite se fríe una cucharadita de harina o más, según la cantidad de sopa que vaya a hacerse. Así que la harina esté deshecha, sin que tome mucho color, se le agrega el caldo, se mueve y se aparta en una cacerolita, si no ha de servirse al momento.

Un momento antes de llevar la sopa a la mesa, se le agrega una copita de vino blanco y se vierte en la sopera, donde se tendrá la gallina cortada en cuadraditos.

Empanadas turcas.—Se pone sobre la mesa media libra de harina, haciéndole un hoyo en medio y echándole allí un huevo, sal, un poco de vino blanco, una cucharada de mantequilla y otra de manteca de cerdo. Se amasa mucho todo junto, extendiendo luego la masa con el rodillo y cortando la masa con el cortapastas o, en su defecto, con la tapadera de un bote de lata, se rellenan y cierran bien, friéndolas en la sartén con abundante manteca muy caliente.

El relleno se compone de carne de cerdo o ternera, muy picada y rehogada en manteca con pasas, aceitunas sin hueso, alcaparras, piñones, un huevo duro en pedacitos y un poco de jerez, con un polvo de sal fina y pimienta negra molida.

En vez de carne se le puede poner también al relleno un picadillo de jamón o de pescado.

Besugo con patatas.—Se cubre el fondo de la besuguera con ruedas de patatas crudas y sobre ellas se coloca el besugo con su sal y envuelto en harina.

Hecho esto se fríe en aceite un poco de cebolla y ajo, muy picaditos, y cuando están mareados se rehoga con esto una ramita de perejil. Después se vierte el frito sobre el pescado; se le añade caldo del cocido y zumo de limón o vinagre, dejándolo hervir a fuego lento, con lumbre en la tapadera hasta que se dore.

Pastel de huevos.—Se pesan la cantidad de huevos que quieran ponerse. Después se pone la tercera parte de su peso de queso rallado y la sexta parte del peso de los huevos de manteca fresca.

Se baten bien los huevos, se le añade la manteca, el queso rallado y se coloca la mezcla en una cacerola, sobre fuego vivo, moviendo sin parar hasta que se espese lo suficiente.

Entonces se aparta y se echa en un molde engrasado, cociéndolo como un flan en el horno, o al baño maría.

2.º **ALMUERZO.**—*Arroz con mano de ternera.*—*Bacalao al estilo vizcaíno.*—*Naranjas.*

Arroz, con mano de ternera.—Se limpia, cuece y deshuesa una mano de ternera, partiéndola luego en pedacitos pequeños. En una sartén se pone al fuego un poco de aceite, friendo en él tomate y ajos tiernos. Así que esté todo frito, se espolvorea de pimienta molido; se le añade la cantidad de arroz que parezca; se le da unas vueltas para sofreírlo un poco, y se agrega después el caldo de cocer la mano de ternera y los pedacitos de ésta cortados que se apartaron.

Hecho esto, se deja hervir, poniéndole toda clase de especias. Cuando esté medio cocido, se modera el fuego y se colocan encima unas rodajas de sobrasada y unos huevos batidos, terminándolo con fuego sobre la tapadera.

Se sirve espolvoreado de hierba buena, muy picadita.

Bacalao al estilo vizcaíno.—Se desala y dá un hervor al bacalao. Después se limpia de piel y espinas; se deshilacha un poco y se coloca en una cacerola.

Hecho esto, se fríe una rebanada de pan en aceite y se aparta en un plato. En el aceite sobrante se rehoga un poco de tomate, pimienta, cebolla y ajo. Se hace una salsa, machacando unos granos de pimienta, comino, perejil y el pan frito, machacando luego con todo esto la fritura de tomate, cebolla, etc. y el pan frito. Todo este majado se vierte sobre el bacalao, a través del colador, y con ayuda del agua de cocer el pescado, se le añade un poquito de aceite sobrante de las frituras y se termina a fuego lento, con lumbre sobre la tapadera.

VIANDAS DE LA ESTACIÓN

Carnes.—Cerdo, vaca, carnero, buey, cordero.

Aves: Gallina, pollos y pollas, pavipollos, palomas, ánades, gallinas de Guinea, pato, ganso, etc.

Caza: Ánade salvaje, cerceta, becada, andarrío, avefría, perdiz, etcétera.

Pescados.—Salmón, truchas, rodaballo, mero, lenguado, mer-

luza, pescadilla, salmonete, besugo, calamares, dorada, caballa, menagubio, ranas, langosta, almejas, cangrejos, etc.

Legumbres.—Alubias verdes de España, guisantes verdes en vaina, alcachofas de Valencia, habas, col de Bruselas, setas, coliflor, zanahoria, lechuga, escarola, berros, etc.

Frutas.—Naranjas, manzanas, peras, plátanos, etc.

ISABEL GALLARDO DE ALVAREZ.

NUESTROS CONCURSOS

La admisión de trabajos para el Concurso **El marido**.—La mujer quedó cerrada en el número 30.

Queda abierto nuestro nuevo Concurso **¿Qué le ocurrió a Casilda?**

La idea del nuevo Concurso nos la han dado las dos primeras respuestas de **Casilda** al Concurso **Lo pasado, lo presente, lo futuro**.

Eran éstas:

«**Un buen recuerdo:** *El de aquel día en que... (no sigo porque se van ustedes a reír).*»

«**Un mal recuerdo:** *Al día siguiente, cuando... (pero ¿por qué hacen ustedes preguntas indiscretas?).*»

Se trata de *adivinar* qué le pasó a Casilda de *bueno y gracioso* y qué le ocurrió al día siguiente de *ingrato*; malo precisamente no debió de ser; el tono parece reflejar la impresión de algo *que le hizo pasar un mal rato, pero que no tenía nada de trágico ni sentimental*.

A las más ingeniosas respuestas les concederemos premios que oportunamente se anunciarán.

EL MARIDO -:- LA MUJER

CONTESTACIONES RECIBIDAS

¿CÓMO DEBE SER EL MARIDO?

NÚMERO 66

NÚMERO 65

Contestación a la primera pregunta: La inteligencia, la energía y la bondad sin debilidad.

Contestación a la segunda pregunta: El que fuese exageradamente práctico, pues no sólo de pan vive el hombre, y exageradamente trabajador, pues me gustan las personas que, siendo activas y trabajadoras, gozan en los momentos que no hacen nada y se recrean con una agradable conversación.

Contestación a la tercera pregunta: En primerísimo lugar que fuera sano, de estatura regular, no me gustan los hombres muy altos ni bajos, y respecto a guapo o feo, en general me gustan más los guapos, pero hay feos que los encuentro mucho más atractivos que los guapos. Eso depende del espíritu que anima la mirada y la expresión de la cara.

Contestación a la cuarta pregunta: De sus ideas sobre la familia que tuviese las que quisiera, con tal de que en la práctica fuese muy amante de ella. Digo esto, porque los hombres, en general, en teoría son muy revolucionarios en lo que a la familia se refiere; pero en la práctica, con sus allegadas del sexo femenino, son intransigentes, y yo los prefiero así y me escaman los de la manga ancha en ese terreno.

Respecto a la sociedad, que tuviese ideas altruistas y no dejase de contribuir, aunque fuese con un granito de arena, al bien general, y respecto a las condiciones y costumbres de la vida moderna..., es esto tan amplio que no sé en qué sentido tomarlo. Desde luego, me gustan los hombres austeros, así como los enemigos o poco aficionados a la vida frívola y que se enamoren de la mujer por sus encantos personales, su gracia, etc., etc., pero no como ahora que la mujer es un detalle; atrae más la indumentaria que lleva y sus bellos colores, que le han costado su dinero y que no lo disimula, que la mujer misma. Ahora, respecto a otros aspectos de la vida moderna, como el sport moderado, que la mujer se cultive si quiere y si no quiere que no se cultive, la mayor independencia individual y otras muchas cosas, que yo ahora no recuerdo, que no solamente le pareciesen muy bien, sino que aún le pareciesen poco; en una palabra, que tuviese las ideas más modernas que la generalidad de los españoles, que fuese como los hombres que han viajado mucho, que nada les cho-ca, y, por lo mismo, son más tolerantes.

Contestación a la quinta y sexta pregunta: Respecto a la preeminencia social..., no sé qué decir. Cuando era casi una niña, no sé si por la influencia de las novelas, me encantaba el tipo de marino inglés, también los diplomáticos, por ser hombres fríos e impenetrables, que ha sido el tipo de hombre que más me ha gustado, frialdad e impenetrabilidad aparentes desde luego; pero ahora, en la época presente, estoy por completo desorientada respecto a ese punto. Todos me parecen iguales, tiene el sexo masculino español tan mala fama (no sé si merecida o no, pero el río suena) que destruyen nuestras ilusiones muy a pesar nuestro.

SOY CUBANITA.

Las excelencias espirituales preferibles:

Un gran corazón y una férrea voluntad, unido a una inteligencia capaz de comprenderme. Que no fuese un super-hombre, pero sí un hombre super.

Las menos esenciales:

El abolengo, los pergaminos, el ilustre apellido, esto no enaltece al hombre. El trabajo, la honradez y las virtudes, son la verdadera aristocracia. Lo demás sólo sirve para llenar el corazón vacío de todas las grandes excelencias.

Las deficiencias morales más insufribles:

La carencia de voluntad, que hace al hombre como veleta, que está siempre a merced del viento. Y el excepticismo, que siempre es hijo de la falta de fe.

Las más llevaderas:

Carácter raro, brusquedad, falta de elegancia.

Las dotes físicas más gratas:

¡Qué más da la belleza corporal!, esta no me interesa. La espiritual es la que deseo en grado sumo.

Las menos estimables:

Diré con Campoamor: «Todo es según el color del cristal con que se mira».

Los defectos físicos más odiosos:

Falta de dentadura y llevar ésta postiza.

Los más soportables:

La calvicie, pero sin usar bisoñé.

Las ideas y opiniones que debería tener respecto de las condiciones y costumbres de la vida moderna:

Que no sea nada siglo xx. Lo prefiero a la antigua española, un poquito cursi si queréis, pero que en nada se parezca a los hombres del día, afeminados, vacíos y sin corazón. Lo quiero ante todo muy hombre, con pleno conocimiento de sus deberes y de sus derechos. Y del amor, que tuviera un concepto tan elevado, que hubiera para él tanta distancia de su materialidad a su espiritualidad, como hay de crisálida a mariposa.

Desearía que se diese en él alguna preeminencia social. ¿Cuál en tal caso? ¿Cuál otra me sería indiferente?

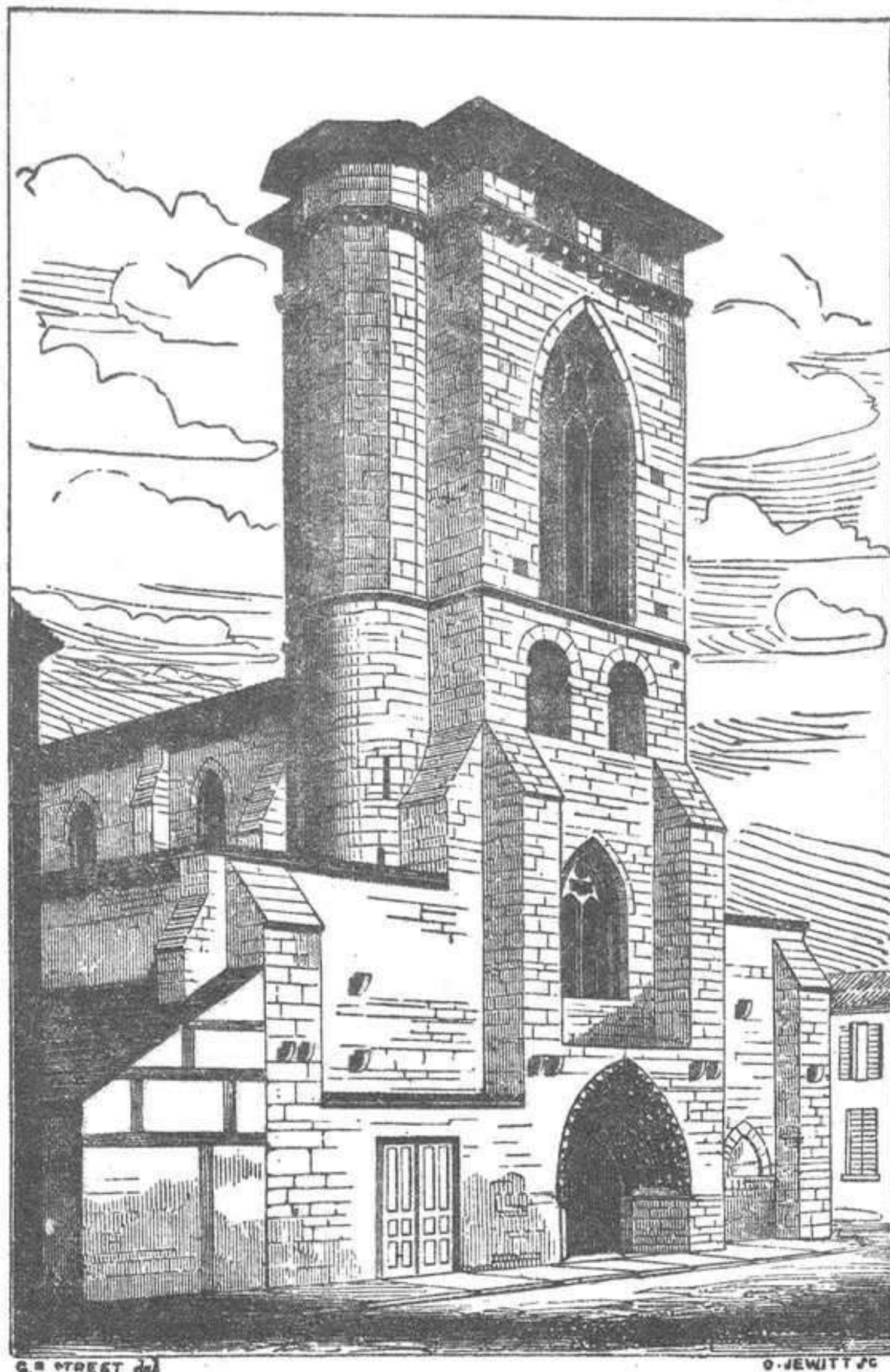
No desearía ninguna, pero de ser alguna, preferiría fuese hombre de ciencia, que a fuerza de estudio se lo debiera todo a sí, fortuna, nombre, ingenio. Que fuese siempre yo su mujer, nunca él mi marido. No me gustaría fuese hombre conocido en política.

Qué profesión me gustaría que tuviese:

Me sería indiferente. La profesión no hace el hombre, más bien éste hace aquélla.

UNA MUJER SIN IMPORTANCIA.

LA ARQUITECTURA GÓTICA EN ESPAÑA



LA OBRA DEL FAMOSO ARQUITECTO INGLES — GEORGE EDMUND STREET —

(Autor del Palacio de Justicia de Londres y de la restauración de la Catedral del Cristo de Dublín, que descuellan entre las que, en número increíble, levantó en toda Inglaterra.)

TRADUCIDA DIRECTAMENTE DEL INGLES POR EL ARQUITECTO
DON ROMAN LOREDO

PROFESOR DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE MADRID

LUJOSO VOLUMEN

CON 570 PÁGINAS, 107 GRABADOS Y 95 LÁMINAS, ADMIRABLEMENTE IMPRESO SOBRE
PAPEL DE PRIMERA CALIDAD

45 pesetas.

Este libro se remite sin aumento de precio a cualquier punto de España o de América, con sólo pedirlo, acompañando su importe, a la

EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., MADRID

AGOSTO ENERO
DICIEMBRE MARZO
1925 1926

MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

MU
JER



AGOSTO-DICIEMBRE 1925
ENERO - MARZO 1926

SE HA PUESTO A LA VENTA
ESTA PRECIOSA TAPA PARA ENCUADERNAR LOS NÚMEROS 1 AL 28 DE

MUJER

SE REMITE A DOMICILIO ENVIANDO SU IMPORTE DE SEIS PESETAS
A LA ADMINISTRACIÓN DE MUJER :: APARTADO 447 :: MADRID

PARA LOS SUSCRITORES DE MUJER, EL PRECIO ES DE
CUATRO PESETAS, CINCUENTA CÉNTIMOS